



SALVADOR ABASCAL

Nuestros primeros contactos con el licenciado Abascal ocurrieron en 1964. Entonces se mostró un tanto renuente a cooperar con nuestro proyecto de historia oral. Fue necesaria una gran insistencia para que aceptara ser entrevistado. Una vez comenzadas las entrevistas, contamos con su colaboración puntual y sistemática. Hicimos un esfuerzo por adaptarnos a su estricto horario; así fue como varias veces dimos principio a las entrevistas por la noche. Nos recibió en su residencia en la calle Progreso 163, colonia Escandón, donde con frecuencia alcanzamos a oír el bullicio moderado de su numerosa familia. De vez en cuando interrumpimos la entrevista, ya fuera porque una de las hijas, con gran recato, le llevaba una bebida caliente, o porque un hijo mayor, al llegar a casa se acercaba respetuoso a pedir la bendición de su padre.

Abascal era un hombre interesante, intensamente aferrado a sus convicciones. No parecía importarle que lo acusaran de intransigencia o inflexibilidad; antes al contrario, se enorgullecía de no ceder y, por el contrario, mantener su rígida posición ideológica. Para él, el peligro yacía en la flexibilidad misma, en la tibieza, en la falta de disciplina y autoridad moral prevaleciente tanto en las instituciones como en el seno de la familia moderna. Fue una ironía que Abascal viviera en la calle Progreso, cuando estaba completamente en contra del "progreso" y sus consecuencias. En cuanto a la educación de la juventud, opinaba que la mejor había sido la que prevalecía en la época medieval, y en lo que atañe a la historia de México, veía como positivas la época de Hernán Cortés y de los grandes misioneros, los siglos XVI, XVII y la primera mitad del XVIII. Para Abascal, el México de sus días estaba perdido, inundado de corrupción; se sentía como en un islote donde lo acompañaban sólo una minoría de mexicanos.

Aunque desde hacía más de 29 años el licenciado Abascal había dedicado buena parte de su tiempo a la lucha ideológica en defensa de un catolicismo puro y por la conservación de valores tradicionales en México, en contra de la Revolución, aseguraba haber dejado atrás cualquier intención carismática. Sin embargo, la fogosidad con que expresaba sus preocupaciones y puntos de vista, y el brillo de sus ojos penetrantes, los cuales se encendían a medida que respondía acaloradamente a las preguntas, lo traicionaban y hacían sentir al entrevistador que ese don carismático que lo había caracterizado, todavía formaba parte muy vital de su personalidad.

La fisonomía de Abascal en ese entonces reflejaba juventud y salud, y de ninguna manera representaba los 54 años que tenía. Lo dejamos de ver

varios años, y en 1973, cuando lo visitamos por última vez, lo encontramos de igual aspecto, con el mismo vigor, y muy dispuesto a seguir la lucha.

Dado que los medios de comunicación —que contribuyen en buena parte a “mantener un registro” de los hechos históricos— hicieron caso omiso de las noticias sobre Abascal (su muerte no la registró el obituario de ningún periódico) importa incluirlo en esta serie para recrear el espíritu de conflicto ideológico dentro del cual prosperó.

Si Abascal no hubiera luchado por mantener los dos periódicos que fundó (*El Sinarquista* y *La Hoja de Combate*), y si no hubiera impulsado las editoriales Jus (la cual reorganizó) y Tradición (que él mismo fundó), no se hubiera entendido la importancia y complejidad de su movimiento opositor.

El partido oficial (PNR, PRM, PRI) siempre mantuvo a los Abascal y a sus amigos fuera de la política nacional “respetable,” y esa marginación no llegó a su fin sino hasta ocho meses después de la muerte de Salvador Abascal, ocurrida el 30 de marzo de 2000. Por desgracia, don Salvador no llegó a ver el nombramiento de Carlos Abascal Carranza, su hijo, como secretario de Trabajo en el gobierno de Vicente Fox, el 1 de diciembre del año 2000. Este hecho pone de relieve la derrota del partido oficial por el Partido Acción Nacional y “los Amigos de Fox”.

Abascal ha sido siempre una figura polémica dentro y fuera de las filas del sinarquismo. Aun después de su muerte, los sinarquistas actuales reconocen que era un “genio, caudillo, estratega y profeta” de la Unión Nacional Sinarquista, pero tachan de “defectuosa” su formación espiritual.

SALVADOR ABASCAL

Primeros años en Michoacán.—La Organización Secreta. La "U".—La Iglesia y la Revolución.—Sobre la historia de México.—Datos personales.—En la época cristera.—En Michoacán.—Nacimiento del sinarquismo.—Militancia del sinarquismo en Tabasco.—Aclaraciones sobre el sinarquismo y otras influencias.—Abascal en la jefatura nacional del sinarquismo y la fundación de la Colonia María Auxiliadora en el desierto de Baja California.—Del sinarquismo y la Editorial Jus.—Personalidades y política.—Preguntas y respuestas adicionales, por escrito, en 1968.—Entrevista en 1973. Datos personales y vida católica.—La Editorial Jus, La Hoja de Combate y la Editorial Tradición.—Méndez Arceo, Illich, Lemercier y cambios en el catolicismo mexicano.—El papel de la mujer.—Vida cotidiana y puntos de vista de Abascal.—Trayectoria de su vida.

PRIMEROS AÑOS EN MICHOACÁN

17 de agosto de 1964

James W. Wilkie (JW):

Quisiéramos comenzar la entrevista hablando de su nacimiento, de sus padres, de recuerdos de su niñez. ¿Cuándo nació Ud.?

Salvador Abascal (SA):

Nací el 18 de mayo de 1910, en Morelia, Michoacán, aunque en realidad mi familia era más bien del Valle de Santiago, Guanajuato, del Bajío; ahí radicaba mi padre, el licenciado Adalberto Abascal.

Mi padre era de una familia de hacendados por parte de su madre, y de mineros por parte de su padre; gente del Bajío, gente de a caballo, de campo, que dominaba todas las suertes de la caballería mexicana, lo mismo lazaba que toreaba toros y dirigía todas las labores del campo. Eso se acabó por la Revolución Mexicana. Fui el cuarto de doce hermanos.

Mis primeros cinco años los viví en el Valle de Santiago. Cuando tenía cinco años, la Revolución obligó a mi padre a salir del Valle de Santiago, en vísperas de la batalla de Celaya. Recuerdo muy bien una noche en Celaya, cuando la ciudad estaba totalmente ocupada por tropas. De allí salimos, no recuerdo cómo, pero con graves peligros: mi madre y una tía mía, disfrazadas de soldaderas. Tomamos un armón, y por la vía de Celaya a Acámbaro huimos mi padre, mi madre, mi tía, mis hermanos mayores, yo y dos hermanitas chicas, una de ellas de brazos.

Yendo en plena marcha en el armón, recuerdo muy bien que de repente el hombre que lo manejaba —quizá era mi padre, no lo sé— vio venir un punto negro que se fue agrandando rápidamente. Era una máquina loca. Me cogieron de un brazo y me tiraron por el declive del terraplén de la vía y nada me pasó. ¡A nadie le pasó nada! Al rato, habiendo quitado mi padre el armón de la vía, pasó la máquina loca a una velocidad que me pareció fantástica.

Llegamos a Acámbaro y de allí seguimos en burro hasta Morelia. De Morelia nos fuimos a vivir a Santa María, un pueblecito que está en las lomas llamadas de Santa María, a unas dos leguas de distancia de Morelia hacia el sur. Allí vivimos dos años: los más felices de mi vida, porque aun cuando éramos sumamente pobres (a mí naturalmente por mi edad no me importaba la pobreza), tuve a mi disposición el campo entero durante algunos meses, porque después hubo la obligación de ir a la escuela a Morelia. Salíamos mis dos hermanos mayores varones, Adalberto y Rafael, y yo, naturalmente a pie, a eso de las seis de la mañana, después de habernos dado un baño en agua fría dentro de una tina en la cual se recogía el líquido desde la noche anterior, y a las dos horas estábamos en la escuela. Volvíamos a medio día al centro de la ciudad, porque la escuela quedaba en una orilla; íbamos a comer a la casa de unos tíos, a comernos el "itacate" que habíamos llevado y que nuestros tíos (más pobres todavía que nosotros) calentaban, sin agregarle una tortilla ni un huevo, porque no tenían. Muchas veces volvíamos a la escuela después de comer, y de la escuela, a las cinco de la tarde, emprendíamos el regreso a Santa María.

Hay un detalle curioso, que revela la pobreza de la época, el carácter de mi padre y el espíritu que quiso infundirnos: salíamos en la mañana de Santa María, pero salíamos con huaraches; con huaraches como los de cualquier rancho; no sandalias, no algo fino, sino huaraches de cuero crudo; huaraches que mi propio padre nos había cortado y hecho, y enseñado a caminar con ellos. Cuando llegábamos a la orilla de Morelia nos quitábamos los huaraches y nos poníamos los zapatos que llevábamos dentro de una bolsa *ad hoc*. Cuando emprendíamos el regreso a Santa María, después de haber estado en la escuela, al salir de la ciudad, nos quitábamos los zapatos y nos poníamos nuestros huaraches, porque la pobreza era extrema y mi padre no podía "barrer el dinero con la escoba". Barrer el dinero con la escoba era gastar demasiado en zapatos; teníamos que economizar al máximo porque no teníamos de qué vivir, sino unas cuantas alhajas que nos permitieron subsistir durante tres años; alhajas que había sacado mi madre del Valle de Santiago en un doble fondo de una sillita de tule que no abandonó durante todo el viaje del Valle de Santiago a Santa María, a través de Celaya, Acámbaro y Morelia.

Al final de 1917, quizá a principios de 1918 —no puedo precisar bien la fecha—, ya teníamos dos años y medio de vivir en Santa María cuando una noche —nosotros estábamos dormidos; yo estaba dormido, lo supe hasta el día siguiente— llegó una gavilla de bandoleros de los que mandaba Inés Chávez García, que si no hubiera muerto durante una peste terrible que azotó a toda la República, pero principalmente al sur, quizá actualmente

fuera uno de los generales de división, secretario de Guerra, quizá presidente de la República. Pues una de las gavillas de este bandolero cayó a media noche en Santa María. Eran unos 50 hombres, se repartieron por todo el pueblo; diez de ellos fueron a la casa del licenciado Abascal y rompieron un cuadro de la puerta de la calle. Mi padre se levantó y apenas pudo ponerse los pantalones; no alcanzó a ponerse ni saco ni zapatos y les abrió para evitar males mayores. Se levantó también mi hermano mayor, Adalberto, que tenía apenas 14 años no cumplidos, y entre los dos atendieron a aquellas fieras. Saquearon una tiendita que teníamos a la entrada, en el pasillo de la casa, en la cual estiraba mi papá un poco los centavos. Entraron a la sala y se robaron lo que podían llevarse, lo demás lo patearon, lo destruyeron a culatazos, y luego quisieron entrar por la única puerta que se veía al fondo de la sala y que daba a la recámara de mi madre. Mi padre enarboló un cristo de bronce y les dijo: "Aquí no entran, ¡primero me matan!" Lo dijo con tal energía y con tal virilidad que aquellos hombres se quedaron estupefactos. Nada les hubiera costado darle un balazo, pero les cayó en gracia. No sé: los paralizó y el jefe de aquella gavilla dijo: "Bueno, está bien, nos lo llevamos, jálele; a ver qué tanto nos dan por su rescate".

Mi padre salió con ellos, lo más rápidamente posible para que quedara la casa a salvo; mi madre tenía una niña de brazos. Ya en la calle le dieron un caballo, le aventaron a mi padre un chicotazo, que no le dieron porque brincó a tiempo al caballo. Mi padre era todo un hombre de a caballo, de los mexicanos de aquella época, de los que ya no hay ejemplares, porque la Revolución Mexicana fue dirigida, desde Estados Unidos, precisamente con ese objeto: desgastarnos, decapitarnos, desmexicanizarnos.

Los bandoleros se llevaron a mi padre y una hora después llegaban a San José del Monte. Allí desmontaron, los bandidos querían beber algo caliente. Mi padre había estado "disque" bebiendo de una botella de tequila o de aguardiente con que lo invitaban. Los bandoleros sí bebieron bastante, los jefecillos cuando menos. Total: estaban medio borrachos y no se dieron cuenta de que los prisioneros podían escaparse fácilmente. Éstos eran cinco o seis señores de Santa María. A uno de ellos, que había querido huir, lo habían matado en el mismo pueblo. Mi padre, cuando vio la oportunidad, gritó: "Allí viene el gobierno", y reinó la confusión entre los bandoleros, y mi padre huyó y llegó a Santa María como a las seis de la mañana; con los pies sangrantes, pero feliz. Inmediatamente nos fuimos a Morelia, porque podían volver aquellas gentes.

JW: ¿Había perdido su padre sus tierras con la Revolución?

SA: Por lo pronto sí había perdido la tenencia de las tierras. Había perdido bienes, como una casita, una buena casa que había construido en el Valle de

Santiago, que aún no estrenábamos; fue ocupada como cuartel y destruida casi totalmente, en cuanto a lo de valía de la casa. En una hacienda de El Brazo, cerca del Valle de Santiago, mi padre tenía una parte, que se perdió posteriormente, ya con los repartos agrarios. También perdió dinero en el Valle de Santiago, libros y muebles valiosos, armas valiosas, una yegua finísima, varios caballos; en fin, todo lo que tenía se lo robaron. Entraban los villistas y le robaban “que porque era carrancista”; entraban los carrancistas y lo desvalijaban “que porque era villista”. Por eso tuvo que salir del Valle de Santiago.

Ya en Santa María él no tenía en qué trabajar, porque los tribunales estaban cerrados, él era abogado. En el Valle de Santiago vivía de la herencia que tenía, porque su padre había sido muy rico y le había dejado dinero; pero vivía también de su profesión de abogado. Mi padre litigaba en todas las poblaciones del Bajío y hacía todo el bien que podía. Por ejemplo, él mataba toros —como se dice en el lenguaje taurino—, en corridas de beneficio, en Celaya, en Acámbaro, en Salvatierra, en las demás poblaciones del Bajío, a beneficio de colegios católicos, o de alguna obra de caridad. Ya en Santa María no nos quedaba sino esperar a que los tribunales volvieran a funcionar. Felizmente, a los tres años de haber salido del Valle de Santiago, volvieron a funcionar los tribunales y mi padre empezó de nuevo a litigar.

JW: Estando usted tan chico, ¿se daba cuenta de la Revolución?, ¿qué pensaba de todos estos acontecimientos?

SA: Pues que todo era puro bandidaje. Eso lo digo por lo que vi y por lo que platicaban delante de mí todas las gentes mayores, no sólo de mi clase social, sino gente humilde. Absolutamente todos estaban de acuerdo en que estábamos sufriendo una revolución que no tenía más objeto que “avanzar”: avanzarse las cosas del prójimo, robar a todo el que tuviera algo. Tanto que por eso se hizo famoso el verbo “carranciar”. El verbo “carranciar” ya se sabe que significaba robar, y fue lo característico de esa revolución carrancista, lo mismo de la rama villista que de la rama zapatista, y de todas las otras.

JW: ¿Qué pensaba su padre del general Porfirio Díaz y de Madero?

SA: De Porfirio Díaz mi padre pensaba que había impuesto un orden de tipo meramente material, que no había podido resolver el problema espiritual, el problema fundamentalmente político de México, que era lo que le tocaba a don Porfirio resolver, porque no había puesto las bases de una verdadera democracia, sino que había sido un gobierno exclusivamente personalista, y que al envejecer el hombre, al morir, o al tener que caer a la fuerza por el transcurso del tiempo, tendría que venir el caos, como en efecto vino, sobre todo impulsada la cosa por las fuerzas de destrucción, por agentes exteriores.

En realidad, si no hubiera habido esos agentes exteriores se hubiera impuesto alguno de los generales de don Porfirio Díaz, de los de mayor popu-

laridad, como Bernardo Reyes o algún otro, o simplemente, cuando Madero triunfó, Madero hubiera podido hacer algo sólido, aunque quizá no hubiera podido hacerlo, porque le faltaban dotes personales. Después Huerta hubiera podido constituir un gobierno estable por algún tiempo, y a Huerta lo hubiera sucedido ya algo más definitivo. Huerta no podía ser tampoco la solución definitiva, porque su gobierno procedió de un cuartelazo y de un asesinato estúpido y villano: fue el que cometió, o el que dejó Huerta que se cometiera, en las personas de Madero y de Pino Suárez.

JW: Su padre y su madre, ¿fueron muy religiosos?

SA: Sí, somos de familia de católicos, de a "machamartillo", de "hueso colorado", como decía mi padre, de abolengo de muchas generaciones. No tenemos memoria exacta de detalles de todos nuestros antepasados. Pero tenemos la seguridad de que no hubo nunca, de muchos siglos para acá, un solo liberal, un solo clerófobo, un solo anticatólico, ni siquiera un indiferente. En nuestras familias, en ninguna de las ramas de nuestra familia, por ninguno de los cuatro costados, tanto por el lado de mi padre como por el lado de mi madre, siempre hubo una religiosidad tradicional "a la mexicana", con rosario diario, con frecuencia de sacramentos, con gran respeto a los sacerdotes y con educación profunda, sólida, en lo religioso. No eran beatos; nunca fueron besatarimas, ni supersticiosos, ni cosa por el estilo; eran católicos instruidos, y trataron de instruirnos también a nosotros.

Mi padre estudió en el seminario de Morelia. Allá lo mandaron sus padres desde el Valle de Santiago, porque Morelia era el centro cultural, no solamente de Michoacán sino de todo Guanajuato. Cuando estudió en el Seminario de Morelia, su compañero fue Luis María Martínez, quien después, andando los años, llegaría a Arzobispo de México. Fueron muy amigos. También fue compañero de Pascual Ortiz Rubio, en San Nicolás, porque después de unos años de estudiar en el seminario mi padre se pasó a estudiar leyes a San Nicolás de Hidalgo, de Morelia, cuando San Nicolás era algo muy distinto de lo que ahora es. Ahora es un nido de comunistas, y entonces no lo era. Los maestros eran liberales, sin llegar a ser clerófobos, y allí se hizo muy amigo de Ortiz Rubio, el que llegó después a ser presidente de la República.

JW: Ud. y sus hermanos entraron a la primaria en Morelia, ¿completaron los seis años de estudios allá?

SA: Empecé a estudiar primaria en Morelia, precisamente viviendo en Santa María. Dos años fui a la escuela de Morelia. Cuando tuvimos que bajar de Santa María a Morelia, por el plagio de que fue objeto mi padre, nos pusieron en una escuela mejor, yo ya estaba bien grande. Entré a la escuela de los profesores Vargas, de don Julián Vargas, el que unos años después caería

acribillado por las balas de los rojos, el día 12 de mayo de 1921, en la Calzada de Guadalupe, en una manifestación de desagravio que se hizo con motivo de una profanación de una imagen de la Virgen de Guadalupe, cometida en uno de los altares de la Catedral por los comunistas de Morelia, instigados por el general Múgica, que era entonces uno de los rojillos más tremendos de México.

JW: ¿Era Múgica el gobernador?

SA: Sí, él era el gobernador en esa época.

JW: ¿Qué materias le gustaron más en la escuela, y qué clase de profesores tuvieron? ¿Fue usted muy deportista?

SA: En la escuela yo era muy chico; a esa escuela entré de ocho años, quizá de menos, de siete años y medio; en esa escuela duré tan sólo dos años, allí estudié segundo y tercero de primaria. Tenía yo nueve años y medio, cuando mi padre empezó a viajar por toda la República para fundar una organización muy interesante, sobre la cual habría que hablar muy detalladamente.

Mientras mi padre viajaba, nos internó en un seminario de Morelia, a mis hermanos mayores varones, Adalberto y Rafael, a mí; a pesar de lo chico que era —tenía nueve años y medio y había terminado el tercero de primaria— me aceptaron, en lo que ahora sería primero de secundaria. Los padres me hicieron un examen y me encontraron apto para entrar a primero de secundaria con mis hermanos mayores, los tres entramos al mismo año.

El primer año en el seminario, no destaqué en mis estudios. Del segundo año en adelante empecé a destacar. Recuerdo que en el segundo año mi primer premio fue por una composición que hice sobre la entrada del ejército trigarante a México, nunca me imaginé que la fueran a premiar, fueron a lo sumo dos o tres páginas las que escribí. Pero tuvo el máximo honor y la tuve que leer delante de todo el seminario, con grande aplauso, porque decían que estaba muy bien.

Seguí estudiando en el seminario hasta terminar allí mi filosofía. Durante los seis años que allí estudié, lo que más me gustó fue historia, literatura, filosofía y religión, que estudiábamos a fondo. Estudié también griego y las otras materias que en aquella época se acostumbraba estudiar, como física o química. Las ciencias exactas nunca me gustaron.

En deportes nunca sobresalí, pero siempre fui capitán de lo que se organizara; lo mismo del juego de banderas que había entonces, que de beisbol, fútbol, de simples carreras o de lo que fuere: siempre fui capitán del grupo al cual yo pertenecía, sin que me sintiera apto para aquello, porque siempre me nombraban mis compañeros. Presidía juntas, siendo yo el más chico de todos; los demás eran mayores de edad. Presidía juntas con un padre a un

lado para asesorarme, y me tomaba aquello muy en serio. Me gustaba más el trabajo propiamente social, el intelectual, y más que nada la lectura, la que hacía en lo personal, en lo particular, de los libros que yo escogiera. Eso era lo que más me gustaba, más que ninguna actividad deportista, y más que ningún paseo, sobre todo ya en los últimos años.

LA ORGANIZACIÓN SECRETA. LA "U"

JW: Usted nos dijo que su padre viajaba mucho por toda la República. ¿Quisiera contarnos algo más sobre eso?

SA: Durante seis años mi padre viajó por toda la República fundando una organización, que fue secreta en aquella época y que ya no hay por qué seguir ocultando. Se llamaba la "U". La organizó desde California hasta Yucatán, en pueblos chicos, en todas las ciudades de alguna importancia, e incluso en rancherías.

En aquellos seis años recorrió una enorme cantidad de poblaciones; en todas hizo amigos y en todas hizo adeptos. Mi padre no era el jefe de la organización, no sé quién era el jefe. Él era el brazo derecho del "Jefe", y su principal consejero seguramente. De esa famosa organización, disuelta por orden de la Santa Sede, alcanzó a nacer, a brotar, la Revolución Cristera. Los primeros brotes cristeros fueron encabezados por miembros de la "U". En Pénjamo, en Colima, en Jalisco, fueron puros jefes de la "U" los iniciadores del movimiento cristero.

JW: ¿Cómo pudo mantenerse su padre, mientras viajaba, organizando estos grupos de la "U"?

SA: La "U" tenía, entre otras misiones, la de penetrar todas las organizaciones aprovechables, y una de esas organizaciones era la de los Caballeros de Colón, y ellos pagaban todos los gastos, sin darse cuenta de que mi padre no nada más trabajaba para los Caballeros de Colón, sino que todo el tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a la organización de la "U", la cual penetraba y dirigía a los Caballeros de Colón en México.

JW: ¿Qué quería decir la "U"?

SA: Unión, simplemente unión.

JW: ¿Cuáles fueron sus fines?

SA: Los fines eran empezar por unir, de ahí su palabra "Unión": unir en una sola fuerza, en un solo haz todas las organizaciones de católicos, que entonces eran muchas y que estaban dispersas en cuanto a sus actividades, cada cual jalaba por su lado. La "U" trató de hacerlas concurrir a todas a un solo fin; para eso las penetró de una manera secreta y dando sus órdenes secre-

tas. Los miembros que la "U" tenía en cada organización obedecían sus órdenes y así lograban la concurrencia de todas al fin superior que perseguía la "U", que era la salvación política de México, que era llegar a tener un gobierno católico en México.

Llegaron a tener algunos éxitos de importancia, por ejemplo, en Michoacán, en el congreso local tuvieron diputados, cosa que desde entonces no ha vuelto a haber. En Jalisco tuvieron la diputación casi completa a su disposición, y en otras muchas partes, presidentes municipales y autoridades de alguna importancia.

JW: ¿En qué fechas existió esta organización?

SA: Existió cuando menos desde 1920. En ese año mi padre empezó a viajar y terminó sus viajes en 1926 (finales de 1925). Tal vez la organización existiera desde 1918 o 1919; empezó a organizarse en 1917, porque yo oía platicar mucho a mi padre, en mi casa en Santa María, sobre que era necesario organizar, unir a los católicos. Usaba mi padre mucho la palabra "unión", y aseguraba que era fácil unirlos a todos, y que una vez logrado este objeto, lo demás vendría por su propio peso.

JW: ¿Pensaban ganar elecciones?, ¿pensaban presionar sobre el gobierno para que cediera a la religión?, ¿cómo pensaban hacerlo?

SA: Se pensaba hacerlo todo dentro de la ley, Ellos no creían que fuera posible, cuando menos en los primeros años de la organización, echar mano de la fuerza bruta. No veían la posibilidad, sabían muy bien que la revolución armada estaba triunfante y que tenía elementos suficientes para aplastar cualquier brote armado de los católicos; sabían muy bien que el gobierno revolucionario de México tenía todo el apoyo de los Estados Unidos. Sin embargo, cuando se vino la persecución religiosa de Calles, y cuando los católicos agotaron todos los recursos pacíficos, entonces sí ya no les quedó más que el recurso armado. Fue cuando de la "U" brotó la decisión de la lucha armada, obligados por la política, por la táctica de Calles. Y seguramente Calles buscó eso, Calles se empeñó en que el conflicto se resolviera mediante las armas. A él le convenía por muchos motivos.

He pensado mucho sobre eso y creo que a Calles le convenía hacerlo así, para unir a los revolucionarios en torno de su persona, adquirir mayor importancia que el mismo Obregón, y distraer a los revolucionarios acerca de la política entreguista de Calles con respecto a los Estados Unidos, porque entre los revolucionarios podía haber algunos con sentimientos de patriotas, y podían echarle en cara que continuara la política de los tratados de Bucareli y algunos otros tratados secretos, y la única manera de conservarse en el poder era provocar un conflicto serio que los distrajera a todos. ¿Y qué mejor que ese conflicto fuera contra la Iglesia católica, a la cual Calles odia-

ba, y a la cual también odiaban los gobernantes de Estados Unidos? De manera que también por ese concepto Calles obtenía respaldo y prestigio.

JW: El padre de usted y la organización de la "U" tuvieron dificultades con la Santa Sede. ¿Cuáles fueron esas dificultades?

SA: Sucedió que cuando la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa se dio cuenta de que no pisaba terreno firme, sino de que todos sus comités estaban penetrados por la "U", llegó a descubrir la existencia de la organización secreta en el seno de su propia organización. Protestó, pero no le valieron las protestas aquí en México y entonces la Liga recurrió a la Santa Sede.

Esto me lo ha contado el licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, que conoce muy bien el asunto. Y en la Santa Sede le dieron a él la razón, porque en la Santa Sede consideraron que una organización secreta, aun cuando estuviera muy bien vigilada por las autoridades eclesiásticas, era algo peligroso, que no convenía que existiera entre católicos. La Santa Sede siempre ha sido enemiga de las organizaciones secretas, aparte de que le parecía que no era justo que una organización secreta penetrara organizaciones públicas. Además, no sé qué otras razones hayan sido alegadas ante la Santa Sede. El caso es que la Santa Sede ordenó la disolución de la "U", y la "U" obedeció: se disolvió al instante.

JW: La "U" no fue una organización completamente laica que tuviera lazos con la jerarquía nacional mexicana; pero la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa sí tuvo lazos aquí en México con la jerarquía.

SA: Yo nunca pertencí a la Liga Nacional Defensora, pero, después de muchos años de lecturas y estudios, tiene todas mis simpatías. La Liga Nacional Defensora abarcaba en su seno a toda clase de mexicanos, por el solo hecho de que fueran católicos y de que no estuvieran de acuerdo con la política persecutoria de Calles. En cambio, la "U", precisamente por ser una organización secreta, tenía que escoger bien a sus miembros, tenía que seleccionarlos. Dentro de la "U" no había mujeres: había puros hombres. Ignoro si había o no eclesiásticos.

JW: ¿Participó su padre en los tres congresos católicos que hubo entre 1900 y 1908?

SA: No. Mi padre era joven, nació en 1881. Se recibió de abogado de veintidós años y a los pocos días o semanas se casó con mi madre y se fue con ella al Valle de Santiago. Su padre ya era viudo y vivieron con él; mi padre le ayudaba en sus negocios, en el manejo de la hacienda "El Brazo".

Mi padre tenía sus propios negocios en su bufete de abogado y tenía muchas actividades, pero en esa época no salió de la región del Valle de Santiago y de Morelia. Iba a Morelia con frecuencia, porque allí vivía la familia de mi madre, y porque mandaba a mi madre a Morelia cada vez que

iba a nacer uno de sus hijos. Mi padre seguía todos los acontecimientos de la vida política nacional y de la vida religiosa y social de México, sin tomar parte destacada en ninguno de esos acontecimientos.

JW: ¿Cree que esos tres congresos católicos tuvieron mucha importancia, como precursores de los cambios que vendrían para México en 1910?

SA: ¡Cómo no! Esas “dietas”, que así se llamaron, fueron sumamente importantes, porque fijaron con mucha claridad la doctrina social católica en materia del problema del campo y del problema obrero, con relación a las circunstancias especiales en México. De manera que era una solución católica y “a la mexicana”. Y de esas dietas nacieron organizaciones muy serias. De ahí salieron los organizadores de los primeros grandes sindicatos de obreros de México, como el padre jesuita Méndez Medina, que llegó a tener sindicatos de gran importancia, que hubieran llegado a ser la base de un movimiento sindical limpio y verdaderamente redentor del obrero, sin líderes voraces, bribones y vendidos, y a quienes no les interesa sino su propio engorde. Pero, como a la Revolución no le convenía que hubiera un movimiento sindical libre en beneficio del obrero, sino sindicatos sujetos a la política del régimen revolucionario, destruyó los sindicatos católicos y quedaron prohibidos incluso legalmente: no puede haber sindicatos católicos propiamente como tales. ¡De ninguna manera!

LA IGLESIA Y LA REVOLUCIÓN

JW: Al triunfar la Revolución, el gobierno llamó a un congreso en Querétaro para que se redactara una constitución. ¿Es posible que de allá surgiera la necesidad que tuvo su padre para organizar la “U”, con el objeto de proteger la religión?

SA: Sí, seguramente esa idea nació en las mentes de los organizadores de la “U” desde antes de la Constitución de 1917. Pero con esa legalización del anticlericalismo que fue la Constitución de 1917, vieron más clara la necesidad de organizarse en debida forma para defenderse, para defender la catolicidad de México. Recuerdo bien que desde 1917 mi padre hablaba de unión, de unir, y platicaba con otros muchos señores en Santa María sobre eso. Quizá fuera entonces cuando se pusieron las bases de la “U”.

JW: Si el país siempre fue católico, ¿cómo pudieron haber escrito una constitución con tantos propósitos por separar, por hacer a la Iglesia a un lado, en la vida nacional?

SA: Exclusivamente por la fuerza de las armas. En el Congreso Constituyente de Querétaro no estuvieron representadas las fuerzas católicas; no estuvo

representado el país, el pueblo, solamente la Revolución. Los jefes revolucionarios fueron los que escogieron propiamente a los “dizque” representantes del pueblo, a los diputados, cosa que hasta ahora sigue sucediendo. No tenemos —fuera de los diputados del PAN, y yo no soy panista, que conste—, no hay un solo diputado que sea elegido verdaderamente por el pueblo, todos son escogidos por el PRI, y se puede decir que por el Presidente de la República. No se mueve una hoja del árbol en México sin la voluntad, sin el permiso del Presidente de la República. ¡Qué régimen monárquico español, ni qué régimen hitlerista, ni qué régimen fascista de Mussolini, ni qué nada! ¡El Presidente de la República en México es Dios! Aquí, para los revolucionarios, el poder es la fuerza, es la Santísima Trinidad.

JW: Ustedes estuvieron de acuerdo en que había necesidad de una revolución social y política. Pero, ¿creen que los propósitos de la Revolución fueron muy pronto desviados por un sector de la Revolución y que ese sector fue el que luego firmó el partido oficial?

SA: Sí, Madero fue un hombre bien intencionado; Madero llevaba una buena idea. Pero Madero no tenía capacidad y fue arrastrado por la fuerza de la revolución que él creía haber levantado. La Revolución fue superior a él, no supo encauzarla, no supo dominarla porque no la había hecho él sino las fuerzas secretas dirigidas por Washington. Por eso Madero fue dominado por la Revolución y desgraciadamente lo asesinaron, junto con Pino Suárez, asesinatos que han sido aprovechados como una bandera desde Carranza para acá, sobre todo por Carranza, Obregón y todos los demás.

A Carranza, ¡qué le iba a doler el asesinato de Madero, si él se estaba preparando para rebelarse contra el mismo Madero! Le cayó de perlas que Huerta matara a Madero. El asesinato le dio la oportunidad de promover un movimiento “dizque” constitucionalista, “dizque” legalista, “dizque” para echar abajo al usurpador, siendo que Carranza, si Huerta no hubiera matado a Madero, si Huerta hubiera sido leal a Madero, Carranza se habría levantado contra Madero.

JW: Hay quienes han dicho que Huerta estuvo del lado de la Iglesia y que él quiso proteger a la Iglesia, porque siempre los individuos del tipo de Huerta han estado del lado de la Iglesia. Dicen que Porfirio Díaz estuvo al lado de la Iglesia, lo que ha causado una reacción en contra de la Iglesia. Por ejemplo, vino la Revolución y la Constitución de 1917 fue el resultado del antagonismo en contra de la Iglesia, debido a que la Iglesia simpatizó con Huerta. ¿Quisiera comentar algo sobre esto?

SA: Hay mucha falsedad en todo ello porque Porfirio Díaz inunca fue protector de la Iglesia, ni tampoco Huerta! Porfirio Díaz tuvo una política personalista. Él no quería que le alborotaran la caballada, simplemente

quería ser el rey en paz; no era partidario ni de los liberales ni de la Iglesia. Díaz, siendo liberal y teniendo sus ideas liberales, era más que nada porfirista; él era partidario de sí mismo: ¡un régimen personalista, como ninguno lo ha habido!

Y no protegió a la Iglesia, simplemente no dejó que se aplicaran en todo su rigor las leyes persecutorias; pero tampoco las derogó, sino que las mantuvo siempre sobre la Iglesia, como una espada de Damocles, y de hecho, desde la época porfiriana viene la desgracia en México en materia de educación, porque Porfirio Díaz fue el que protegió, fue el que fomentó la escuela laica, la escuela liberal, la escuela sin Dios, la escuela que tenía que llegar a ser contra Dios.

De las escuelas de la época de don Porfirio salieron todos los revolucionarios anticlericales que luego hemos estado padeciendo. Huerta trató de sujetar a la Iglesia, como han tratado de hacerlo todos los tiranos, pero la Iglesia no aceptó aquella sujeción y Huerta empezó a molestar a la Iglesia y encarceló a diputados católicos; de hecho, él también instauró una dictadura personalista, tipo Porfirio Díaz. Huerta se hubiera declarado católico abierto si le hubiera convenido, y Huerta trataba de apoyarse en los católicos porque, por las circunstancias del momento, no podía apoyarse en otras fuerzas. Pero tampoco los católicos le prestaron apoyo, porque no podían, porque era un régimen no solamente personalista, sino de sangre; porque estaba sentado sobre un charco de sangre, del asesinato de Madero y de Pino Suárez. A los hombres de valía que tenía Huerta, él los hizo renunciar. El gabinete que le impusieron a Huerta desapareció a los pocos meses: el de Toribio Esquivel, Obregón, y todos los demás, cuyos nombres en estos momentos no recuerdo con precisión. Tuvieron que abandonarlo, o más bien Huerta los obligó a renunciar. ¿Por qué? Porque no podían avalar la política demasiado personalista y tiránica de Huerta, y porque éste estaba comprometido a respetar unas elecciones libres y él trató de perpetuarse en el poder. Y nadie lo siguió en esta aventura, y fue por lo que Huerta cayó realmente: porque Huerta trató de continuar en el poder.

Si Huerta hubiera cumplido su ofrecimiento de convocar a elecciones y de hacerlas respetar, Carranza no hubiera tenido la bandera que tuvo contra Huerta. El presidente que hubiere resultado electo por la libre voluntad popular, siendo respetada esa voluntad popular por Huerta, sí hubiera tenido elementos populares con los cuales resistir a la revolución carrancista y entonces hubiera tenido que ser más descarado el apoyo de Wilson a Carranza para derrocar al presidente electo por el pueblo. A Wilson no le costó ningún trabajo, ante la opinión pública, proceder en contra de Huerta y a favor

de Carranza, pues Huerta era el usurpador, era el asesino de Madero y de Pino Suárez.

SOBRE LA HISTORIA DE MÉXICO

JW: Hablando un poco más de historia, hay quienes dicen que durante la intervención francesa el clero estuvo del lado de los franceses, en contra de la independencia de México. Y aún más: dicen que esta trayectoria de antiindependencia venía desde 1810 hasta 1821.

SA: Ciertamente toda la Iglesia, toda la jerarquía y todo el clero mexicano fueron partidarios del imperio de Maximiliano, como lo fueron la inmensa mayoría de los mexicanos de aquella época. Uno de los liberales llegó a decir que no se hiciera la lista de los que habían sido partidarios del imperio, porque los liberales se quedarían sin Partido Liberal, porque se hubiera visto que dentro de la lista de partidarios del imperio habían firmado la inmensa mayoría de los liberales. Hubo un momento en que los liberales, excepto un puñadito de hombres —los que siguieron a Juárez hasta Paso del Norte—, todos eran partidarios del Imperio.

El pueblo mexicano estaba cansado de revoluciones, de rapiña, de zozobra, y creyó que el Segundo Imperio traería la paz. Desgraciadamente, quienes escogieron como tutor del Segundo Imperio Mexicano a Napoleón III, y quienes consintieron con Napoleón III en que el emperador fuera Maximiliano, se equivocaron totalmente. Pero fue una equivocación en cuanto a personas, no en cuanto a la idea en sí. La idea en sí era buena, era estupenda la idea de un imperio, de una monarquía, porque México había vivido durante tres siglos dentro del régimen monárquico, y seguimos todavía viviendo dentro de ese régimen: el presidente de la República no es tal presidente de la República; no hay tal división de poderes; jamás ha habido en México división de poderes; nunca ha habido Ejecutivo, Legislativo y Judicial; nunca ha habido sino un solo poder, imás absoluto que el de ningún rey de la Tierra actualmente. El Presidente de la República siempre ha sido el único poder en México. ¿Por qué? Porque lo exige la tradición mexicana, porque está en nuestra sangre, porque está en la naturaleza de nuestra vida; porque así estamos constituidos, porque no es posible que en México haya una república estilo Estados Unidos.

Así, quienes pensaron que un imperio era la salvación, pensaron bien; nada más que cayeron en manos de Napoleón III, un hombre débil, manejado por zozobras y por intereses personalistas; era un hombre a quien atemorizaban las logias con un atentado, y era un hombre que jugaba a

dos cartas, que quería apoderarse de Sonora y no daba a conocer su juego. Escogió a un liberal como él, Maximiliano, y los prohombres de México —los jefes conservadores que trataron a Maximiliano y que trataron a Napoleón III— fueron unos inocentes; no eran verdaderos políticos; les faltó malicia, les faltó conocimiento de las gentes, se equivocaron totalmente, pero se equivocaron de buena fe. Y cuando ya estando aquí los franceses, los mexicanos vieron que los franceses traían órdenes terminantes de Napoleón de seguir la misma política liberal que Juárez había seguido y que era la que había provocado el desastre de la Guerra de Tres Años y el de la Guerra Civil, entonces tuvieron la esperanza de que Maximiliano, cuando tomara posesión del trono, pondría el remedio; ituvieron todavía esa esperanza!

Pero llegó Maximiliano, y traía las mismas órdenes que los generales franceses. Maximiliano era liberal y aceptó el título de "Protector de la Masonería", y era un católico sólo de nombre, que estaba imbuido en todas las ideas josefinistas de su época y de su país y de su familia, y que no era el adecuado, para el trono mexicano. En unos cuantos días desengañó, decepcionó, lo mismo que Carlota, su mujer, que era quizá más "chinaca" y más liberal —así les llamaban a los liberales en aquella época: chinacos— que Maximiliano. También ella decepcionó a los católicos mexicanos: Carlota llegó a tener discusiones tremendas con los principales obispos mexicanos y, sobre todo, con el nuncio papal. Tanto que Carlota expresó su deseo de echarlo por la ventana.

Todo esto era conocido por el alto clero mexicano y por los católicos de alguna ilustración, y no estaban de acuerdo con la política de Maximiliano. Nada más que en esos momentos ya no había más que un solo camino: tratar de salvar al imperio, con la esperanza de que el imperio traería, por la fuerza de las cosas, una transformación; de que Maximiliano tendría que modificar su política. Cuando salen los franceses, llamados por Napoleón III y se queda solo Maximiliano, los mexicanos de mayor patriotismo, como Miramón, Márquez y otros, le ofrecen sus espadas y le ofrecen sus vidas con tal de que se vuelva a instituir, a fundar un trono verdaderamente mexicano y de acuerdo con la tradición mexicana. Entonces sí Maximiliano se confía en los conservadores, en los católicos; cosa que no había hecho. Maximiliano se había echado en manos de los liberales, no solamente de los generales franceses a quienes por sus compromisos con Napoleón tenía él que estar sujeto, sino también en manos de los liberales mexicanos, que actuaban también por instrucciones de Napoleón III.

Las tropas francesas salen por la traición que Napoleón III le juega a Maximiliano y entonces sí, Maximiliano, atendido a sus solas fuerzas, oye el

consejo de los conservadores mexicanos, nada más que ya no le quedaba otra cosa que morir como hombre en el Cerro de las Campanas.

JW: ¿Cuál fue la posición del alto clero con respecto a la independencia?

SA: Durante la independencia todo el alto clero era español; naturalmente que no podía concebir que le conviniera a México independizarse de España. Sin embargo, hubo obispos dignísimos, como el de Durango, por ejemplo, que se negó terminantemente a entregar al brazo secular a los clérigos que cayeron en poder de los realistas dentro de la jurisdicción de ese obispado. El obispo se negó a degradarlos para que pudieran ser juzgados por el brazo secular y luego ser fusilados. En general, los otros pocos obispos españoles que había no podían ser enemigos de los realistas, pero tampoco hicieron nada efectivo en contra de los insurgentes. Abad y Queipo, obispo electo de Michoacán, fue el único que lanzó una excomunión en contra de Hidalgo. Por cierto que esa excomunión no era necesaria, porque *ex opere operato*, por la fuerza misma de los hechos, Hidalgo estaba excomulgado, por sus propias obras, por el trato que les daba a los eclesiásticos que caían en su poder. Y los principales jefes en pro de la independencia, fuera de Allende, de Abasolo, y de uno que otro más, fueron eclesiásticos. Aparte de Hidalgo y Morelos, una multitud de sacerdotes eran jefes de partidos importantes en pro de la independencia, y en todas partes contaban con la simpatía del clero medio y del clero bajo. En cuanto al clero español, era natural que el movimiento no tuviera el apoyo. Ahora, vistas las cosas un siglo y medio después, podemos decir con Vasconcelos que no fueron movimientos de independencia en el momento más oportuno: el imperio español estaba desintegrándose, y por desintegración vinieron las independencias de las antiguas colonias. Hubiera sido mejor que por madurez de cada una de las colonias, por madurez política, hubiera venido la independencia, pero no por desintegración. En realidad fue un movimiento prematuro, y a eso se debe en parte el desastre que hemos visto después.

JW: Acabamos de ver una conmemoración de Cuauhtémoc. ¿Cree usted que el gobierno deba dar tanto homenaje a Cuauhtémoc?

SA: No está mal. Sí, con tal que no sea para suplantar, para excluir el culto que debemos tener por lo hispánico. Es cierto que tenemos dos sangres: la indígena y la española. Es cierto que esa mezcla nos enriquece, no nada más físicamente sino moral e intelectualmente, psíquicamente, en todos sentidos. A la postre, una raza mestiza, después de los primeros trastornos que trae consigo toda mezcla de fuerzas distintas, viene siendo más rica que cualquiera de las razas primitivas, de las razas no mezcladas.

Pero el rendirle culto a Cuauhtémoc no debe significar desconocer a Cortés. El rendirle culto a Cuauhtémoc no debe significar olvidar que los

españoles nos trajeron la verdadera civilización; que sin ellos, andando el tiempo, hubieran llegado los ingleses y aquí nos acaban; hubieran acabado con los indios de aquí como acabaron con los indios en los Estados Unidos, porque su apotegma era que no había mejor indio que el indio muerto. Y para el español no era así; para el español cada indio tenía un alma que salvar. El español, aun el encomendero, sabía eso muy bien. Muchos de los encomenderos se convirtieron, como dice Bernal Díaz del Castillo: "...se metían frailes franciscos". Lo dice él así, con esa expresión antigua: "Se metió fraile francisco el encomendero fulano después de haber tenido una encomienda importante de indios y de hacerse rico; se arrepintió de todos sus pecados y renunció a sus riquezas y a su encomienda".

"Se metía fraile francisco", cosa que no se vio en ninguna colonia inglesa. Así, el estarle dando culto a la sangre indígena, a mi juicio es con la finalidad exclusiva de excluir lo español; es el monroísmo, es el poinsetismo en acción; es también una idea muy clara de Vasconcelos. Los Estados Unidos tratan de acabar de absorbernos. ¿Cómo? Desligándonos de lo que más nos puede defender, de lo que más nos constituye a nosotros mismos, que es nuestra hispanidad. Del español recibimos los valores espirituales, los valores morales; del indio recibimos la riqueza biológica, recibimos dotes de orden natural, dotes para el arte, para las artes plásticas. Pero no recibimos, del indio, valores de orden sobrenatural. Estos valores están dentro de la religión católica y la religión católica no la podían inventar los indios, tenía que llegarles de una nación ya cristianizada, ya catolizada. Y España era la nación más católica y la más civilizada y la más avanzada en aquella época. Fue el mejor conducto que pudo haber escogido Dios para nosotros, y fuimos evangelizados por misioneros de una talla prodigiosa. Ningún pueblo ha tenido misioneros tan excelsos como México: tuvimos misioneros de la talla de los primeros apóstoles, claro, guardando las distancias y salvo lo que lleguemos a conocer en la otra vida. Pero fray Martín de Valencia, Motolinia, Zumárraga, Basalenque —una pléyade de ilustres— son misioneros extraordinarios que amaron al indio como no fueron amados los indios por los propios indios.

JW: Hace un rato hablaba de un problema de México, decía que es muy difícil que exista la democracia en este país. ¿Hay algo anárquico en el alma del mexicano? ¿Cree que este problema sea causa del mestizaje? Hablando de mestizaje, ¿cree que lo español domine lo indio, o que sea a la inversa?

SA: Yo no creo que nuestra incapacidad para la democracia sea una señal de anarquía, de constitución anárquica de nuestra alma. No. Es que simplemente somos monárquicos, y el ser monárquico un pueblo no significa que sea

anárquico. ¿Por qué todos los pueblos han de tener la misma naturaleza, las mismas tendencias? Al contrario, yo digo que la monarquía es más perfecta si se compara con el sistema democrático. En sí, la monarquía no es inferior a la democracia. Ahí tenemos a la monarquía inglesa, y podemos ver cómo dentro de ella puede vivir la democracia. El nombre no es todo, y una buena monarquía no excluye una verdadera democracia. En cambio, una mala democracia es peor, es mil veces peor que una mala monarquía, porque una mala democracia es más anárquica que una mala monarquía.

Aquí en México, cada seis años se renueva la esperanza del pueblo; pero cada seis años entra una nueva ola de hambrientos a enriquecerse en los seis años siguientes. Gentes que llegan al poder, a la Cámara de Diputados, a cualquier dependencia de alguna importancia; a cualquier puesto de alguna importancia sin un centavo en la bolsa, salen a los seis años millonarios y multimillonarios, y con edificios y con depósitos en Suiza y con hoteles en Brasil y en todas partes.

Nuestra desgracia consiste en que cada vez estamos más lejos de Dios, y no dejamos de estar cerca de los Estados Unidos. Los Estados Unidos son los que nos han gobernado y, como tienen la fuerza bruta, sólo nos queda esperar una evolución, que seguramente vendrá con el tiempo.

El centro de gravedad del mundo tiene que pasar de los Estados Unidos a otra parte. En los Estados Unidos hay un gran desquiciamiento, y en nuestros países católicos (conservándose el futuro de nuestra tradición, de nuestra espiritualidad, de nuestra hispanidad) conservamos la esencia del orden y de la paz, y de una futura democracia, de un futuro orden político estable.

El mestizaje es inestabilidad en muchos órdenes, pero no lo explica todo en México. No es lo principal, ni que seamos ni que haya españoles, criollos, mestizos e indios. No. Si en la Colonia durante tres siglos vivimos en paz, y advertimos que empezaba el mestizaje, que es cuando es más inestable es el mestizaje, ahora se está asentando, ya está muchísimo más asentado que en la época colonial. ¿Por qué ahora nuestra vida, nuestra vida política, es más inestable que entonces? Por los agentes exteriores. Además, puede suceder que estemos sufriendo ciertas consecuencias: las consecuencias del crecimiento, de la búsqueda de nosotros mismos. Pero, nuestros malos políticos vienen fundamentalmente de que estamos dirigidos desde los Estados Unidos; allí han decretado: "Se acabarán los propietarios del campo en México; tiene que haber colectivismo". Y se vino el colectivismo.

JW: Hablando del mestizaje, ¿cree que ha habido un verdadero mestizaje, o que ha dominado lo español?

SA: La cultura es esencialmente hispánica. En cuanto a la esencia de nuestra espiritualidad, creo que es fundamentalmente hispánica, enriquecida por

las dotes del indígena, por lo cual ha resultado el mestizaje, que es un matrimonio de hispano e indígena. El mexicano, aun el que tiene sangre pura española, tiene un poco de mestizo aun cuando él no lo quiera, en lo moral, en lo espiritual; está influido por el ambiente, está influido por el indígena, con el cual ha convivido durante cuatro siglos. El indígena ha influido en la espiritualidad del español, pero persiste la esencia de la hispanidad como alma de la mexicanidad. Ya se puede decir que hay mexicanidad y que es algo distinto de la hispanidad propiamente, pero la mexicanidad no puede ir contra la hispanidad; no debe ir ni contra la hispanidad, ni contra lo indígena. La mexicanidad es una síntesis, es una realización armoniosa de la unión de las dos almas: de la hispana y de la indígena. De la indígena, que era fuerza biológica, virgen, natural, con grandes dones naturales, y que vivía en medio de una gran desgracia en el orden del espíritu, por la religión feroz y sangrienta que había; de la hispana, que era fundamentalmente católica y con vigor al mismo tiempo. Porque el español era y sigue siendo todavía una reserva de la humanidad. Vemos a las otras naciones europeas envejecidas y a España no; el español sigue siendo sano, sigue siendo optimista, mientras que en Francia se están muriendo de desequilibrio y desintegración, en Inglaterra se están muriendo de corrupción, y en Estados Unidos de desquiciamiento, y en Alemania de muchos males de orden moral. El español sigue siendo sano moralmente. Y esa salud moral, junto con la espiritualidad del catolicismo que España nos trajo, y junto con las fuerzas biológicas del indio, es lo que constituye la mexicanidad, y a la postre es lo que va a salvar a México.

México tiene una riqueza de fondo que no tienen los Estados Unidos. En los Estados Unidos hay un problema racial mucho más grande que cualquier problema que nosotros podamos tener aquí en México: ese problema es la imposible convivencia de negros y blancos ¡es terrible!, y a mi juicio es el castigo providencial a tantos crímenes cometidos en Estados Unidos, crímenes de orden racial. En México no tenemos problema racial: yo convivo con indígenas muy a gusto, lo mismo que con cualquier español. Yo me siento hispano, porque lo soy, no tengo una gota de sangre indígena en mis venas. Pero no desprecio al indio: al contrario, reconozco en el indio una gran viveza, una gran capacidad, una gran bondad y me siento muy a gusto entre indios. Cuando yo era jefe sinarquista, o simple sinarquista, dormía en una pieza llena de indios y ni mal olor me llegaba, ni el mal olor lo sentía. Yo estaba muy a gusto entre ellos, comía con ellos, de sus mismos platos, y siempre vi en ellos un gran sentido de decencia, de respeto, de caballerosidad. Los indios tienen muchas cualidades, que la mexicanidad ha sabido absorber.

JW: Hay quienes creen que en México existe mucha violencia y que esta violencia viene del indio, porque éste tiene una tradición muy larga de actuar, digamos "a lo macho". Pero, ¿el machismo viene de España, o viene de la mezcla?

SA: Todo primitivismo es machismo y es salvajismo. Desde luego aquí hay cierta supervivencia de Huichilobos, y eso fue la Revolución. Todas las revoluciones mexicanas han sido eso, la supervivencia de Huichilobos. Huichilobos ha querido resucitar; el demonio no está contento, no puede consentir en su derrota definitiva en México, después de haber sido el señor de estas tierras de una manera tan definitiva; después de haber visto, en su altar, en el de Huichilobos, que era el del mismo demonio, que en México se sacrificaba a millares y millares de hombres, y que vivos se les abría el pecho y le ofrecían el corazón.

Después de eso, ¡ver el sacrificio incruento de la misa! no deja contento al demonio. Y las revoluciones eso han sido: ha aflorado cierta tendencia de Huichilobos que en el indio descatozizado ha vuelto a aparecer; que no murió perfectamente bien en los mexicanos que han perdido su tradición, los que han perdido el contacto con el alma de sus padres católicos, o que nacieron en el seno de familias que nunca fueron profundamente católicas. Ha resurgido ese espíritu de Huichilobos, ese espíritu sanguinario. A mi juicio, eso han sido las revoluciones mexicanas. Cada revolucionario ha sido un sacerdote de Huichilobos que se encarniza en sus semejantes, y le encanta abrir pechos y ofrecer corazones.

JW: ¿Cree usted que el indio pueda ser un buen católico? Hay quienes aseguran que desde la Colonia hasta hoy, entre los católicos ha surgido un problema religioso: el indio sigue adorando a sus ídolos, por lo que se considera muy difícil que llegue a ser un buen católico. Nosotros acabamos de estar en Chichicastenango, Guatemala, y lo que vimos no tiene mucho de católico. Pero Guatemala es otra cosa, hablamos de México y usted conoce muy bien el terreno.

SA: El español, el inglés, el francés, el italiano, se pueden descatozizar de una generación para otra. No sólo un europeo puede nacer en el seno de una familia católica y en la juventud perder su catolicismo por determinadas circunstancias: por estar separado de su familia, por dejar de recibir las influencias de sus padres y del medio en el cual se crió, y a la vuelta de unos cuantos años puede ser un perfecto hereje, un supersticioso, o un ateo. Ese fenómeno lo observamos diariamente en el seno de familias de sangre criolla, y en Europa es el pan nuestro de cada día. Así, ¿por qué no se ha de dar ese fenómeno entre los indios? No es porque sean indios: es un fenómeno humano, es un fenómeno universal.

Edna Monzón Wilkie (EMW):

El señor Wilkie se refiere más que todo a los ritos. Se trata de indígenas católicos, que mezclan los ritos indígenas con los católicos.

SA: Sí, hay ciertos ritos supersticiosos, renace una superstición antigua. Está bien, porque eso es lo que pervive a través de muchas generaciones; pero aquello no significa que sus padres y sus abuelos no hayan sido buenos católicos. El indio vuelve a ser idólatra, vuelve a ser supersticioso, porque fueron supersticiosos sus antepasados, hace tres o cuatro siglos. Pero eso no quiere decir que sus padres, sus abuelos y sus tatarabuelos hayan sido malos católicos. No, esa herencia viene con la sangre, en el subconciencia; pero no es que forzosamente el indio sea mal católico, que no pueda entender la religión católica y que no la pueda vivir. ¡Sí la puede vivir! Y hay pruebas en México perfectamente comprobables: sobre eso tenemos documentos maravillosos y, desde luego, vidas de familias auténticamente católicas en grupos indígenas, como los tlaxcaltecas, los mexicanos, los tarascos en Michoacán, los otomíes, en muchas partes. Para esto hay que leer la historia de Basalenque; por ejemplo, las historias de las misiones de los agustinos en Michoacán, y de cómo lograron que se viviera el catolicismo integralmente, en regiones muy grandes de Michoacán, y cómo desaparecieron las supersticiones. Si renacen esas supersticiones dentro de algún tiempo, eso no quiere decir que los indios no hayan sido buenos católicos todos estos siglos.

Si en Alemania deja de ser católico el alemán, pues tiene que pensar como Hitler, que pensó en volver a la religión de los druidas y de los paganos de hace quince siglos. Claro que ellos no van a pensar en las supersticiones de los aztecas; pero eso no quiere decir que los alemanes no hayan sido buenos católicos durante los siglos anteriores. Se trata de un fenómeno humano, de un fenómeno universal, con las características particulares de cada región y de cada país. Pero no se debe achacar eso a la sangre indígena.

JW: Una pregunta más sobre el mestizaje. Hablando otra vez de la monarquía, ¿cree que la necesidad que tiene México de una monarquía venga de la tradición española, o viene también de la tradición indígena?

SA: La necesidad mexicana de la monarquía viene de la tradición española y de la tradición indígena y, por lo tanto, de nuestra alma mestiza. Y como todos en México tenemos alma mestiza, por todos lados nos viene la tendencia a la monarquía. Eso no quiere decir que yo sea partidario de que se instaure de nuevo la monarquía en México y que se funde el tercer imperio mexicano. Eso ya no es posible; el tiempo ya no lo permite. Aquí seguirá habiendo república, pero de nombre; de hecho seguirá siendo monarquía, que es lo que tenemos actualmente. Pronto va a dejar el poder un rey y otro

rey lo va a tomar. Y siguen como en las monarquías indígenas: los que dejaron de ser reyes siguen gobernando con el mismo titular, pero todos dentro de un régimen monárquico.

DATOS PERSONALES

JW: ¿En que año terminó usted la primaria?

SA: De nueve años y medio, o sea en 1920. Nací en mayo de 1910 y en enero de 1920 entré a primero de secundaria, al Seminario de Morelia, y allí estudié tres años de secundaria y tres años de preparatoria. Entonces, a los seis años no se les llamaba así, sino simplemente "preparatoria"; los primeros años equivalían a lo que ahora es secundaria, y los últimos eran el perfeccionamiento del latín, griego y filosofía, y un curso superior de religión y de historia universal: una síntesis de todo lo que se había visto en los años anteriores.

JW: ¿Qué recuerdos tiene de esos años? ¿Tuvo muchos amigos? ¿Asistió a muchas fiestas, o vivió una vida de lectura y de cultivo del pensamiento?

SA: Siempre he tolerado la vida en comunidad, y en el Seminario así fue también. Cuando tenía que jugar en el recreo, jugaba contento; pero si me dejaban ponerme a leer un libro, para mí era mejor. Siempre he preferido la vida de aislamiento y de soledad. Vivo aislado, con mi familia, luchando por mis ideales de tipo religioso y social, pero sin tratar a mis amigos. Siempre he sido así.

JW: ¿Qué recuerdos tiene de esos años? ¿Cuáles hechos influyeron en usted?

SA: Los seis años enteros tienen que haber influido en mí, porque todos mis maestros, los sacerdotes del Seminario de Morelia que fueron mis profesores y mis celadores, eran excepcionalmente buenos, como sacerdotes y como maestros. Eran como militares, aquello era un cuartel en cuanto a disciplina. Pero al mismo tiempo eran muy sabios, muy rectos, de una vida absolutamente ejemplar y estrictamente respetuosos de la personalidad de cada quien. A cada niño lo trataban como a un señor. Yo, de nueve años y medio, de diez, siempre fui el señor don Salvador Abascal; así me trataron siempre.

JW: ¿En qué año terminó la preparatoria?

SA: Salí del Seminario en octubre de 1925; empecé a estudiar leyes en 1926.

JW: ¿En dónde?

SA: En la Escuela Libre de Derecho, aquí, en la ciudad de México.

JW: ¿Cuántos años estudió aquí?

SA: Cinco años que eran y siguen siendo los de la carrera de leyes en la Libre. Terminé a los veintiún años de edad, poco antes. Esperé unos meses, hice mi tesis sobre las leyes de reforma: una tesis que no valía un cacahuete

como tesis, pero que indicaba mi preocupación máxima. Me recibí en junio de 1931.

JW: Usted siguió estudiando durante toda la Guerra Cristera.

SA: Sí, yo no fui cristero, desgraciadamente. Me hubiera gustado ser cristero; envidio a todos los que lucharon como cristeros. No tuve esa oportunidad, porque vivía aquí, en un medio en el que yo sabía muy poca cosa sobre los cristeros. El gobierno de Calles tenía la habilidad de distraer mucho la atención del pueblo en general, sobre todo en la capital. Además, el medio estudiantil en que vivía no se prestaba para darme cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo en muchos estados. Creíamos que eran unos cuantos hombres que andaban en el cerro, y que aquello no conducía a nada. Y ha sido hasta ahora, después de muchos años de lecturas y meditaciones, que me he enterado que aquellas guerrillas de los cristeros eran algo colosal, algo que pudo haber dado al traste con el régimen de Calles, que pudo haber cambiado el rumbo de México. Pero los Estados Unidos no lo permitieron.

JW: En 1925 usted tenía quince años, y veinte en 1930; era muy joven para enterarse de todas esas cosas que por lo general se comprenden entre los veinte y los treinta años, lo que está pasando en el mundo.

SA: No, lo que pasó es que, al mismo tiempo que seguía mi carrera de leyes, me dediqué a estudiar y a leer. Leía buena literatura española. Los clásicos españoles fueron mi encanto y estudiaba historia de México. A Lucas Alamán y a todos los grandes autores mexicanos de historia los leí en esa época con mucho detenimiento, y en mis clases de derecho muchas veces estaba con mi librito de historia, con un ojo al gato y otro al garabato.

JW: ¿En qué época murieron sus padres?

SA: Mi madre vive aún, mi padre murió hace nueve años. Mi madre es de un temple extraordinario. El número doce de sus hijos, Juan Manuel, fue sacerdote y murió trágicamente hace cinco años: era la alegría mayor de mi madre, era el orgullo de su corazón, la entretela de su alma; y sin embargo, siempre vivió separado de él con tal que Juan se formara. Primero lo hizo ingresar al Seminario de Morelia, fue por mi madre por lo que se hizo sacerdote. Juan estuvo en el Seminario de Morelia siete años de interno, luego se fue a Estados Unidos, al Seminario de Montezuma. Allí estuvo cuatro años, luego lo mandaron a Europa cinco años. Mi madre esperaba que ya cuando volviera de Europa, con su título o grado de licenciado en Sagradas Escrituras, que viviría con él en paz en Morelia. Y así fue, pero tan sólo por un año y medio, o un poquito más, porque un buen día le avisaron que Juan estaba en el hospital destrozado: acababa de sufrir un accidente en el automóvil de un amigo. Un camión que entraba a la ciudad a una terrible velocidad, embistió el automóvil en que ellos iban y casi los destrozó.

Juan vivió todavía tres o cuatro días casi inconsciente. Mientras hubo algunas esperanzas de vida mi madre estuvo muy afligida; se le salían algunas lágrimas y su rostro era de dolorosa. Una vez que Juan murió, mi madre se serenó totalmente y ella era la que tranquilizaba a los demás y la que les explicaba que no había por qué estar tristes, que tan sólo se nos había adelantado un poco; ella estaba completamente tranquila y decía que Juan ya había alcanzado su fin; que él la esperaba y que ella viviría contenta los días que Dios le deparara todavía.

Así, ella vive en la misma casa en que veló a Juan. Yo la contemplé asomándose al féretro, limpiándole a Juan las gotas de sangre que le escurrían de los poros de la nariz; se asomaba al féretro con la misma actitud con la que veía a Juan en la cuna, estando pequeñito, con la misma sonrisa en su rostro, con la misma tranquilidad. Y sigue viviendo absolutamente tranquila, ella sola en su casa, en Morelia, no quiere venirse a México.

JW: ¿Y su padre?

SA: Mi padre murió en 1955, a los setenta y cinco años de edad, muy trabajado, muy pobre. Su herencia fue su nombre limpio, absolutamente intachable. La herencia que me dejó fue una máquina de escribir, que quiero más que si me hubiera dejado un millón de pesos.

JW: ¿Siempre pensó en ser abogado? Cuando estaba en el Seminario, ¿nunca se le ocurrió ser sacerdote?

SA: Sí, ¡cómo no! Llegué a pensar en ser sacerdote. Durante cinco años creí que sería sacerdote; pero al empezar el sexto año nos dio unos ejercicios espirituales el rector, don Luis María Martínez, que ya era obispo auxiliar de Morelia y que llegaría a ser arzobispo de México y que era mi padrino de primera comunión y compadre de mi papá por los bautizos de mis hermanos, muy amigo de mi padre, como ya lo dije. En esos ejercicios espirituales vi claro que mi vocación no era la de sacerdote. Sin embargo, me permitieron estar allí todavía ese último año, el sexto, o sea el último de filosofía.

EN LA ÉPOCA CRISTERA

28 de septiembre de 1964

JW: Quisiéramos hablar de su vida durante la época cristera y sobre su decisión de que, en vista que esa lucha no iba a resolver los problemas católicos de los mexicanos, usted optó por fundar un grupo que sí pudiera resolver esos problemas mexicanos.

SA: Mientras estudié derecho en la ciudad de México, en la Escuela Libre de Derecho, durante cinco años, no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo en la nación. No percibí la importancia del movimiento cristero. Este movimiento he venido a conocerlo muchos años después. Desgraciadamente en aquella época fui uno de los muchos engañados por la táctica de la desinformación. Es una táctica muy hábil que se ha ido perfeccionando cada día más, y consiste en que al público no se le da materia de información, sino aquella que a los supremos directores de la política nacional, o mundial, les convenga.

Así ocurrió en los años de la persecución de la lucha cristera. Nos dábamos cuenta que había persecución, porque no había más remedio que verla, porque los templos estaban cerrados. En una capital tan grande y de vida tan disipada como México, teníamos que saber de vez en cuando que habían apresado a tal o cual padre, en tal o cual lugar de Michoacán o de Guanajuato. Pero la desinformación se enfocaba en las fuerzas de oposición a la política del gobierno, en la heroica lucha cristera.

Sabíamos que había cristeros, pero las noticias sobre ellos eran tan despectivas, tan insignificantes, tan desorientadoras, tan desinformadoras, que nosotros creíamos que había un foco, un centro de resistencia cristera muy importante, aquí, en México, tan importante como para poder decir que en México estaba el centro directivo.

A pesar de saber que había una lucha cristera en los estados, no creíamos que fuera de importancia esa lucha. ¡No nos dábamos cuenta de que había miles y miles de hombres en Michoacán, en Jalisco, en Guanajuato, en Zacatecas, y en otros lugares, dando su vida y teniendo en jaque al gobierno.

Conocí esto, la grandeza de ese movimiento, hasta muchos años después. Se puede decir que hasta hace muy pocos años, a fuerza de lecturas y de estudios, y de contacto con los antiguos cristeros y con los documentos que ellos han ido dando a la luz pública, y que por cierto he publicado en la editorial Jus, de la cual soy gerente.

Cuando estudié leyes aquí, en México, me dediqué a estudiar historia de México y a estudiar de leyes lo estrictamente necesario para aprobar y llegar a tener mi título. La carrera no me satisfacía, no me gustaba; estaba estudiando aquella carrera, porque no podía estudiar otra, porque mis estudios de secundaria y preparatoria no eran reconocidos oficialmente por el gobierno y no podía entrar a la Universidad Nacional a estudiar la carrera que se me antojara. Estudié leyes porque la única escuela en donde aceptaban mis estudios era la Libre de Derecho y así, sin sentirme con vocación de abogado, me vi obligado a estudiar la carrera de derecho. Esa fue la causa de que estudiara cada año lo estrictamente necesario para pasar, y el resto de mi tiempo lo dedicaba a estudiar la historia de México, la historia sangrien-

ta, dramática y tremenda, de cuatro siglos de México, desde la época prehispánica hasta Porfirio Díaz, hasta la Revolución.

Pero no me daba cuenta de la tragedia que estaba viviendo México y que estaban queriendo resolver los cristeros con su sangre. Me recibí de abogado y todavía no me daba cuenta de lo que había ocurrido. Me recibí en 1931, a los veintiún años exactos. Tuve que esperar: terminé mi quinto año de leyes antes de los veintiún años, y esperé a cumplir los veintiuno haciendo mi tesis. Mi tesis versaba sobre las leyes de Reforma y naturalmente era antijuarista. Mi jurado tuvo profesores liberales y profesores católicos. El presidente del jurado era liberal; a pesar de eso fui aprobado por unanimidad. Mi tesis no valía la pena como estudio jurídico, sino exclusivamente como expresión de una convicción profunda. Yo sentía el anhelo de luchar por México y por la libertad de la Iglesia, por mi libertad personal, por la libertad de los míos y por la libertad de todos los mexicanos en el terreno religioso, que es la libertad más importante del hombre.

Sentía ese anhelo, y a pesar de que no conocía la vida de esos momentos de México, conocía nada más la historia antigua de México, estaba resuelto a luchar en el campo que se necesitara. Pero aún no sabía cómo: era muy muchacho y no tenía vínculos con alguna organización que pudiera existir en México, y creo que, de hecho, después del arreglo de 1929 no había una organización en la que pudiera afiliarme. Tenía que esperar a que surgiera algo, dentro de lo cual pudiera cooperar.

Por lo pronto tenía necesidad de trabajar. Yo era pobrísimo, mi familia pobrísima; el último año de mi carrera lo hice con mil sacrificios, al grado de que nunca desayuné durante más de un año, jamás desayuné absolutamente nada. Me tomaba un vaso de agua y "san se acabó"; a mediodía comía una comida de cincuenta centavos en un restaurant de "chales": una sopa sin sustancia —era casi agua—, un plato de arroz con un par de huevos, que era lo único sustancioso, un guisadito cualquiera, un platito de frijoles, un dulcecito insignificante y pare usted de contar. En la noche, mi cena era un plátano de cinco centavos, o un pan de sal de "chales", también de cinco centavos; sólo tenía cinco centavos para cenar.

Así viví por más de un año: trabajando y estudiando, hasta que pude recibirme, y ya con mi título en la mano —me urgía muchísimo para no seguir sufriendo aquella hambre tremenda que me estaba consumiendo poco a poco— pude trabajar como abogado.

Supe de un juzgado en el estado de Guerrero, por un compañero mío, hijo de uno de los magistrados del Tribunal Superior de Guerrero. Estaba vacante el juzgado de Ayutla, un pueblecito de la costa chica de Guerrero, en el cual se había formalizado el Plan de Ayutla, el de la Reforma, el que dio

al traste con el gobierno de Santa Anna. Un pueblo famoso, que a pesar de lo famoso y de ser la cuna de la Reforma, era un pueblo en el cual no había paz, no había orden, no regía la ley, no había más ley que la de las pistolas, por lo cual no era fácil encontrar un abogado que quisiera irse de juez allí, y dije: “Ese soy yo; puesto que no hay nadie que acepte ese juzgado seguramente que a mí me lo darán”.

Inmediatamente me fui a Guerrero, conseguí unos cuantos pesos para llegar a Chilpancingo y ahí me entrevisté con los magistrados y me ofrecí para aquel juzgado. Llevaba una recomendación de mi amigo de quien acababa de hablar y me dieron el juzgado.

Allí empecé a aprender verdaderamente leyes; allí empecé a practicar y me gustó el ejercicio de la profesión, sobre todo ya como juez. Fui juez de primera instancia, conocí muchas causas criminales, asesinos, violadores, cuanto hay. Bueno, no cuánto hay: asesinos, heridores y violadores, eran todos causantes de los delitos que se cometían allá. Pero eso sí: uno diario; un delito grave de sangre diario, en una jurisdicción de cinco mil almas a lo sumo. Era muy pequeña la jurisdicción de Ayutla: San Luis Acatlán, Azoyu y algún otro pueblito. Geográficamente la zona sí es extensa. Cada día conocía de un delito grave de sangre, aparte de otros delitos de tipo sexual. De los treinta casos graves de sangre al mes, sólo se conocía a un veinte por ciento de los malhechores. Casi todos los casos de asesinato eran de “venadeo”, es decir, las víctimas eran acechadas por los asesinos desde un escondite entre peñas, y la descarga era siempre certera y casi nunca se sabía quién era el asesino.

En esa forma me di cuenta de la triste realidad mexicana: allí no había manera de imponer la ley, el más fuerte era el que imponía su voluntad.

Al poco tiempo de estar de juez empecé a recibir anónimos y amenazas. Yo abría el juzgado todas las mañanas, porque me gustaba llegar temprano, a enterarme bien, a estudiar bien cada caso, sobre todo los primeros días, y me quedé acostumbrado a llegar siempre muy temprano. Yo abría el juzgado —llegaba antes que el mozo— y como al mes de estar allí empecé a recibir amenazas; me encontraba las cartas que habían echado por debajo de la puerta, amenazándome que si no me iba en el término de ocho días me mataban.

Como era muchacho y no tenía a quién hacerle falta, y tenía necesidad de vivir, y vivir, sobre todo, de acuerdo con mi conciencia, me importaban un pito aquellas amenazas. Nunca les di importancia, aun pensando que sí podían matarme; nunca retrocedí, ni nunca sentí el menor temor; no supe entonces, ni he sabido en realidad lo que es el temor a la muerte por la muerte misma.

JW: ¿Tenían suficiente policía allá?

SA: La policía era un destacamento de soldados federales, mandados por un subteniente. A las pocas noches de haber llegado a Ayutla, como a las once de la noche me despertó una tremenda balacera, que duró toda la noche, como hasta la seis de la madrugada: eran descargas constantes, por varios lados de la población y de muchos tiros a la vez, de muchas pistolas. Duró la fiesta toda la noche. Al día siguiente me enteré de que los parranderos habían sido nada menos que el presidente municipal, el recaudador de rentas y el jefe de las armas, el jefe de la guarnición.

No había ninguna garantía e inmediatamente les dirigí un oficio a cada uno de ellos, conminándolos a que no se repitiera el caso, haciéndoles ver que yo no era la autoridad indicada, la autoridad constitucionalmente autorizada para tratar de poner el orden; pero, puesto que las autoridades que tenían que imponerlo eran las primeras en sembrar el desorden, no me quedaba más remedio que sacar la cara por la sociedad, y los amenazaba con recurrir a sus respectivos superiores, o sea al gobernador del estado y al jefe de las operaciones en el estado, en el caso de que se volvieran a repetir aquellos desórdenes.

Mientras estuve allí, "santo remedio", pero me gané inmediatamente el odio del presidente municipal y del recaudador de rentas. El subteniente me fue a ver, a darme una disculpa y a decirme que yo tenía razón. Y desde entonces conté con él.

Hubo muchos casos graves de asesinatos a mansalva, con todas las agravantes de la ley. Pero el peor de todos fue el que cometió el Ayuntamiento de San Luis, un pueblito de mi jurisdicción. El Ayuntamiento en masa, el presidente municipal, y todos los regidores asesinaron en su casa a un exgeneral zapatista, un general Astudillo. Supe de aquello e inmediatamente me fui a San Luis con el agente del Ministerio Público, mi subteniente y el piquete de soldados. Mientras se hacían las averiguaciones, el Ayuntamiento no se escondió: el presidente municipal y los regidores, del modo más insolente, se paseaban por todos lados y hasta querían amedrentarme. Cuando se dieron cuenta que aquello no era posible, sino que el proceso iba a ser causa de su aprehensión, se escondieron. Cuando dicté la orden de aprehensión, ya se habían escondido; tenía que proceder de acuerdo con una ley muy formalista y no me podía salir de ella. Total, se escaparon todos, y el subteniente se fue con su escolta, se fueron de día. Salí de noche con dos compañeros, corriendo el peligro gravísimo de que me venadearan en el camino. No pasó nada, llegué a Ayutla y a los cinco días, poco más o menos, recibí mi orden de cambio, o sea que el Ayuntamiento de San Luis había conseguido, no mi cese, pero sí mi cambio. El Tribunal Superior de Justicia me cambió a Ometepec; en Ometepec sólo estuve ocho días y recibí mi orden de cambio

a Coyuca de Catalán. En Coyuca la cosa era más o menos igual que en Ayutla, pero allí me encontré con que el diputado federal del distrito era el principal protector de los asesinos, sobre todo si éstos eran agraristas. A los tres meses de estar en Coyuca de Catalán, después de muchos casos graves, también de asesinatos y de violaciones todos ellos, recibí la visita del diputado federal y del recaudador de rentas —el presidente municipal no fue, tuvo vergüenza— y esos dos señores me dijeron: “Acaba usted de aprehender, acaba de ordenar la aprehensión de tres hermanos nuestros, de tres compañeros nuestros”.

“No sabía que esos asesinos fueran compañeros de ustedes”, les repliqué.

“Pues sí, señor, son compañeros nuestros, porque son hermanos agraristas, compañeros agraristas”.

“Bueno, pues lo siento mucho”, les contesté.

“Pues venimos a exigirle a usted que los deje libres, porque de lo contrario, ‘así clarito’, le puede costar el puesto”.

Mi contestación fue: “Yo tengo setenta y dos horas, conforme a la ley, para decretar la formal prisión o darlos libres; no sé qué es lo que deba hacer; no he estudiado el proceso y apenas van veinticuatro horas de haber sido aprehendidos. Pero sí les garantizo a ustedes que poco antes de cumplirse el término constitucional, al ir a dictar el auto respectivo, el de formal prisión o el de libertad, si veo que merecen la formal prisión yo la dicto, ipase lo que pase!, ¡aunque pierda yo mi puesto!, que no vale un pito; no vale un cacahuate. Pues para mí lo fundamental es el cumplimiento de mi deber”.

“Pues entonces cuente usted con su cese”.

“Pues cuento con mi cese, señores; pero cuenten ustedes con que si debo dictar la formal prisión, la dicto. Adiós”.

En efecto, tuve que dictar la formal prisión y a los cuatro días de haberla dictado recibí mi cese; recibí la orden lisa y llana de entregar el juzgado a la persona que se presentó con la orden. Ni siquiera me llamaba el Tribunal de Chilpancingo: absolutamente nada, ni siquiera me daban las gracias: tan sólo me daban la orden de entregar el juzgado.

Otro caso curioso en ese mismo juzgado: hacía unos quince días que había yo recibido la visita de un individuo del pueblo, y me dijo: “Señor: tiene usted en la cárcel, bajo su disposición, a un hermano mío, fulano de tal; está sentenciado ya por el delito de... (no recuerdo, pero creo que era de estupro, o por algún otro delito grave del orden sexual). Vengo a ofrecerle a usted a mi hermana; es una muchachita de quince años, pero preciosa, hermosa, virgen; se lo garantizo. A cambio de la libertad de mi hermano tiene usted a mi hermana a su disposición”.

Le contesté: "Es usted un bribón, y no le abro proceso por lo sucio, por lo mismo sucio del caso. ¡Lárguese de aquí, que no lo vuelva yo a ver!"

Habiendo yo entregado el juzgado, se abrió un incidente en el proceso ya sentenciado; un incidente de desvanecimiento de datos y el individuo aquel salió absuelto a los pocos días. Estaba yo todavía en Coyuca, retenido allí por asuntos particulares y económicos, cuando me di cuenta de la absolución del reo aquel: mi compañero que había recibido el juzgado, que fue el que dio libertad a los agraristas a los pocos días, dio también libertad a aquel individuo ya sentenciado.

Así es la justicia en México. Así era en aquella época y así sigue siendo en la inmensa mayoría de los juzgados, en la inmensa mayoría de la República. *JW*: ¿Cómo se explica la vida tan violenta que había en todo el país en esa época? ¿Por falta de religión, falta de educación, falta de policía, o por el caudillismo?

SA: Pues fue resultado de la Revolución, producto simplemente de la Revolución, del caos que produjo la Revolución y que aún no termina, y que no terminará, mientras sea la Revolución lo que es: la subversión de valores, la subversión del orden moral. El revolucionario tiene que apoyarse en gente sin conciencia, en gentes que prefieren su medro personal al cumplimiento del deber, y por eso los asesinos y los criminales en general no tienen que temer, si tienen dinero, o si tienen alguna influencia de que hacerse valer.

JW: Al salir de Coyuca, ¿a qué se dedicó?

SA: Me fui a Huetamo, en Michoacán, tratando de fundar allí un despacho, de mantenerme como abogado postulante; en Coyuca me dijeron que en Huetamo había muchos negocios y que era una población muy rica.

A los pocos días de estar ahí, me convencí de que no era así; en ese lugar se me acabó hasta el último centavo que a duras penas había conseguido que me pagaran en Coyuca de Catalán, lo de mi sueldo. En Ayutla, por ejemplo, el recaudador me completó mi último mes con una carabina que le tuve que aceptar al precio que él fijó, y en Coyuca de Catalán tuve que batallar muchos días para que me pagaran mi última quincena. Total que por los días que perdí en Huetamo, me quedé sin un centavo; tuve que vender mi pistola, que había comprado en Ayutla, para poder llegar a Morelia.

EN MICHOACÁN

En Morelia ya me esperaba mi padre, que era abogado, que tenía su despacho, me esperaba para trabajar con él, y así lo hice con mucho gusto: ya era yo un verdadero abogado, porque para eso sí me había servido Guerrero.

En total, entre los tres juzgados (en realidad fueron dos), en Ayutla y Coyuca de Catalán había trabajado casi un año. En ese año me había fogueado, había practicado, había estudiado y, sobre todo, me gustaba mucho el derecho penal, me encantó el penal y en Morelia pensé dedicarme al derecho penal.

En efecto, empezaron a caerme los negocios más difíciles y luego comprendí que por esos negocios podía perjudicar a mi padre, él, que nunca había claudicado. Mi padre siempre fue de una pieza, pero ya empezaba a sentirse viejo, a sentirse cansado. Seguía muy pobre, pobrísimo: no teníamos sino para lo del día; la casa pobrísima, sin amueblar; lo estrictamente necesario para vivir, no con hambre, pero sí con muchas privaciones. Entonces decidí poner mi despacho yo sólo. Lo puse, lo abrí: el primer abogado joven de Morelia que abría despacho por su cuenta, y empezaron a caerme negocios cada vez más difíciles.

JW: ¿En qué año?

SA: Eso fue en 1933. Me recibí en 1931, fue menos de un año en Guerrero; en mayo de 1932 estaba ya en Morelia. A los pocos meses tuve negocios muy importantes, no en el aspecto económico, sino en el terreno de la justicia, de la defensa del derecho, del ejercicio de mi profesión; en defensa de causas de gentes pobrísimas, que muchas veces no me pagaban ni un centavo y a los que no podía cobrarles ni un centavo.

Así es que yo también vivía a la cuarta pregunta, con lo necesario para pagar la renta del despacho, del teléfono, un empleadito, un mocito, nada más los gastos de mi despacho y mi comida, lo que le daba a mi padre por lo que yo consumía.

Después me invitaron a dar clases en la Escuela Libre de Michoacán. En 1932 empecé a dar clases, primero en la Preparatoria, de Historia de la literatura, de Civismo; luego, en 1933, me invitaron a dar clases de Derecho penal en la Escuela Libre de Derecho. Fui maestro de ocho alumnos, todos ellos mayores de edad que yo; durante dos años les di clases de Derecho penal y de Procedimientos penales, con gran éxito ciertamente, porque me gustaban las materias y mis alumnos eran muchachos muy serios, y yo ya había estudiado bien mi Derecho penal.

Así seguimos, así pasaron tres años hasta que en 1935 vino la persecución cardenista contra las escuelas. Cárdenas desató una verdadera batida contra las escuelas particulares: se dedicó a cerrar cuanta escuela grande y chica había, aun las que pudieramos llamar "clandestinas", porque tuvo que haber clandestinaje en eso. Hasta éstas eran localizadas, identificadas, perseguidas y cerradas: los edificios se los robaba el gobierno, y los maestros—sacerdotes o seglares— iban a dar a la cárcel.

Entonces me llovieron los asuntos, todos de ese orden: todos los días tenía que ir a la Inspección de Policía para sacar algún preso; siempre sin honorarios, siempre sin poder cobrar un centavo y sin importarme aquello realmente. No me faltaba algún negocito que me diera algo para vivir.

Nos clausuraron la Escuela Libre de Derecho, la Escuela Preparatoria Libre, en las que yo daba clases; se robaron el edificio también. Clausuraron una escuela de comercio para señoritas, de la cual yo ya era director; también se robaron el edificio y los muebles, hasta el último pupitre. Localizaron el último grupo de seminaristas que quedaba en Morelia, del seminario en el cual me había educado y los padres y los muchachos fueron a dar "al bote". A muchachos de trece o catorce años los tenían encerrados allí, no los dejaban salir de la casita donde los sorprendieron.

Fui a tratar el caso y logré que los dejaran salir y que se llevaran los muchachos sus palanganas. Las camas no; las camas se quedaron en poder del gobierno; no sé qué haría el gobierno con ellas. Así: casos de latrocinio, de ratería; no nada más de despojo, sino de simple ratería cometió Cárdenas en todas partes, en Morelia fundamentalmente.

JW: ¿Eso se hizo por medio de la nacionalización?

SA: Sí, dicen que la nacionalización. Pero ya no se le podía dar ese nombre a esos casos, porque la mano militar y el simple inspector de policía, por una orden del gobernador, se apoderaban de un edificio, se apoderaban de los muebles que contenía ese edificio, y metían a la cárcel a los profesores que allí encontraban. Y no le tenían que dar cuenta a nadie: no había procesos ni había nada; bastaba la simple sospecha, el simple antojo del gobernador, para que diera la orden al Inspector de Policía y éste procedía con sus gendarmes. Y no había poder humano que impidiera aquello, ni se podía poner un amparo, no se podía hacer nada.

Recibí una amenaza del Ministerio Público Federal una vez de tantas que fui al Palacio Federal, un palacio que se robó el gobierno, como casi todos los de Morelia que unos cuantos años atrás había sido un colegio de monjas; el Colegio Terciano ya era el Palacio Federal. En ese palacio federal el agente del Ministerio Público Federal me amenazó y me dijo: "Si usted sigue viniendo a tantos casos vamos a pensar que está en connivencia con los cristeros y va a salir también perjudicado".

Le dije: "Señor licenciado, haga usted lo que guste. Yo, como abogado, tengo, no solamente el derecho sino la obligación de defender a todas las gentes que recurran a mí".

JW: Usted entró al estado de Michoacán cuando Cárdenas todavía era gobernador. Cárdenas fue gobernador del estado entre 1928 y 1932. ¿Qué imagen tenía? Algunos autores han dicho después que Cárdenas no era un anticató-

lico, que él más bien suavizó las dificultades entre el Estado y la Iglesia, y que puso fin a la persecución de los católicos.

SA: Cuando volví a Michoacán ya recibido, Cárdenas no era gobernador; el gobernador era el general Benigno Serrato y después el gobernador fue — ya cuando Cárdenas subió a la Presidencia de la República— un general muy amigo de Cárdenas, muy cleróforo y muy ratero, el general Rafael Sánchez Tapia. Sánchez Tapia fue el que cometió todas esas raterías, toda esa persecución que Cárdenas le ordenó hacer desde la presidencia, y esa persecución duró hasta el momento en que ya no tuvo escuelas que cerrar.

La persecución cesó cuando Cárdenas había ya alcanzado su objetivo. Después, las circunstancias internacionales obligaron a Cárdenas a simular concesiones, a “dizque” retroceder un poco. Pero eso ya fue obligado por Franklin Delano Roosevelt, por una conveniencia de tipo internacional. Porque ya Roosevelt estaba empeñado en una lucha a fondo contra el nazismo; para eso quería Roosevelt la alianza con el comunismo, la alianza con Rusia. Roosevelt quiso que el comunismo guardara las uñas de sus garras, que el comunismo no las enseñara, ni el comunismo ruso, ni el comunismo mexicano, ni el comunismo de ninguna parte. Para eso logró ciertas acciones de Rusia, por ejemplo la declaración de que desaparecería la Tercera Internacional.

¡Puro engaño! Aquí, en México, le ordenó a Cárdenas que cesara la persecución, lo brutal de la persecución; que retrocediera lo que fuera necesario, de manera que no se alegara que en México seguía adelante la persecución. Por eso Cárdenas escondió las uñas y por eso no pudo imponer al sucesor que él hubiera querido, a Sánchez Tapia o a Múgica, o a algún otro, menos a Ávila Camacho. El sucesor que Cárdenas no quería era Ávila Camacho; Cárdenas hubiera querido imponer a cualquier otro. Roosevelt impuso a Ávila Camacho, y no por bondad de Roosevelt, sino por conveniencia del momento: para poder él luchar a fondo contra el nazismo, aliado con el comunismo y para poder hacer que el comunismo triunfara, porque, a juicio mío, Roosevelt era más comunista que Stalin.

JW: Hablando de sus días en Morelia, ¿pudo notar la depresión y la crisis económica que experimentó el mundo, la que después dio lugar a las ejecutorias de Roosevelt y de Cárdenas?

SA: En Morelia la vida siempre ha sido de miseria; allí siempre se ha vivido de milagro, la gente está acostumbrada a comer muy poco, y, como yo ya estaba acostumbrado a ese régimen de vida desde mi niñez, desde la Revolución, no me di cuenta de que hubiera una depresión mayor. Pero sí puedo dar fe de que no se salía de aquella situación de depresión y de miseria, y sí se puede comprobar que era mayor esa miseria que antes de Porfirio Díaz.

Lo sé por lo que platicaban mis padres, porque antes de la caída de Porfirio Díaz sí comía bien toda la gente, hasta el último peón. Y desde la caída de Porfirio Díaz no come bien, ni el peón, ni la clase media.

JW: ¿Quiere decir que en México había existido una crisis después de la Revolución, y que al venir la crisis económica del mundo en 1929, con la caída de Wall Street, ustedes no percibieron muchos cambios en la situación en el campo de Michoacán?

SA: No, porque ya estábamos viviendo con hambre desde hacía muchos años. Sí se acentuó un poco, pero ya estábamos a régimen de hambre; ya más hambrientos no podíamos estar; ¡más en la miseria no podíamos vivir!

JW: Se dice que Cárdenas se aprovechó de su posición de gobernador en Michoacán para distribuir muchas tierras, para organizar sindicatos y para capitalizar y aprovecharse de la depresión económica del mundo, para hablar en términos marxistas y resolver los problemas del estado.

SA: No tengo una idea detallada de la gubernatura de Lázaro Cárdenas en Michoacán. Sí estoy seguro, en términos generales, que él sembró el marxismo en Michoacán: en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, que es desde entonces el principal foco marxista de Michoacán. Los pocos sindicatos que había entonces —Michoacán nunca ha sido industrial, nunca ha tenido fuerza obrera, mucho menos en la época de Cárdenas; nunca ha habido sindicatos de importancia— eran unos cuantos sindicatitos, y, sin embargo, Cárdenas trató de controlarlos y hasta donde pudo los controló y los comunizó. Seguramente, desde entonces empezó a repartir tierras, no en gran escala porque apenas era gobernador. Cárdenas repartió tierras en gran escala ya siendo Presidente, en toda la república y en Michoacán. Creo que Cárdenas en Michoacán no había podido hacer gran cosa en ese terreno, cuando era gobernador, porque se lo debe haber impedido el centro, porque todavía no estaban las cosas maduras para eso; porque ningún gobernador hace por sí solo cosas de importancia en México. Los gobernadores no son tales gobernadores: son empleados del presidente, porque no hay federalismo en México. Los estados no son, como se dice candorosísimamente, libres y soberanos; los gobernadores hacen lo que el presidente ordena que hagan.

JW: Cárdenas tuvo dificultades con el gobernador Serrato en esa época, ¿recuerda usted esos problemas políticos?

SA: No recuerdo nada de eso. Yo estaba en Guerrero y llegué a Michoacán estando todavía Serrato, pero no me di cuenta de eso, al menos no tengo memoria. Cárdenas no había llegado a la presidencia, aún mandaba Calles en el país. Eran los días en que aún era el Jefe Máximo, y Cárdenas ya no sonaba mucho en Michoacán; no nos dábamos cuenta de lo que iba a hacer.

El día en que Cárdenas subió a la presidencia, entonces sí ya se planteó el problema.

JW: ¿Cree que fue Calles quien escogió a Cárdenas, o que Calles quería a otro hombre para la presidencia?

SA: Por lo que sé, Cárdenas engañó a Calles. Cárdenas era la cándida paloma antes de subir a la presidencia. Cárdenas le hizo creer a Rodolfo Calles, uno de los hijos de Plutarco Elías Calles —el que Cárdenas nombró ministro de Comunicaciones al llegar a la presidencia— que sería el más fiel discípulo de Calles; que sería otro “Nopalitos”, y Rodolfo se entusiasmó y fue el que trabajó más en el ánimo de su padre, para que éste designara a Cárdenas. Don Plutarco pensaba en otra persona, pensaba en Manuel Pérez Treviño y Rodolfo se lo sacó “así” de la cartera y le metió allí a Cárdenas; le hizo creer que Cárdenas sería todavía más sumiso. Cárdenas fue habilísimo.

Durante muchos años se hizo correr la versión de que Cárdenas era un tonto. Cárdenas ha sido de los políticos más inteligentes, más hábiles, más astutos, más dobles, más diabólicos que ha tenido México. Con toda la astucia de la serpiente es inteligentísimo, aunque es inculto, no tiene cultura, no tiene instrucción. Pero eso es otra cosa, inteligencia sí la tiene; tiene talento para la política, para la intriga, y para el engaño lo tiene en forma extraordinaria.

NACIMIENTO DEL SINARQUISMO

5 de octubre de 1964

JW: ¿Cuándo se fundó y quiénes fundaron el sinarquismo?

SA: El sinarquismo fue fundado en mayo de 1937, en León, Guanajuato; pero en realidad le dio nacimiento una organización secreta que ya tenía años de estar trabajando. Esa organización secreta eran “Las Legiones”.

Puedo hablar de ellas, tanto porque ya no existen como porque sobre las mismas se han publicado varios libros con muchos detalles, y uno de ellos, *El frente de los pobres*, del padre Ledit, viene siendo la versión del último jefe secreto de dicha organización, el ingeniero Antonio Santacruz.

En ese libro, el padre Ledit no hizo más que vaciar todo lo que le dijo a él sobre el particular, el ingeniero Santacruz. En el libro de Juan Ignacio Padilla, que fue jefe del sinarquismo algunos años después que yo, también se habla sobre esa organización con bastante detalle.

Así es que ya no es un secreto. Por eso puedo reiterar ahora el dato de que el sinarquismo no nació por generación espontánea, como se creía en aquella época, sino porque una organización secreta que ya tenía muchos

años de vida y que se había extendido por todo el país, quiso tener ese instrumento de acción, que con el tiempo fue más poderoso que la misma organización secreta que le había dado la vida.

Yo pertencí a las Legiones desde 1935. Tenían entonces un año de vida. Su fundador fue un profesor jalisciense a quien conocí, cuyo nombre no recuerdo. La organización se extendió a México, de México pasó a Querétaro, ahí se organizó bien; de Querétaro pasó a Morelia y fue cuando me invitaron. En 1935, en Morelia, había diez legiones.

En teoría cada legión debía constar de mil hombres, de mil almas, porque había legiones masculinas y legiones femeninas; en unas puros hombres, en otras puras mujeres. Claro que nunca se completó el número de una legión, llegaban a ser organismos de trescientos, cuatrocientos, seiscientos u ochocientos miembros a lo sumo. Era una organización muy bien planeada, muy bien pensada, muy bien hecha para aquellos momentos, en que no podía haber acción pública de ninguna especie, porque la persecución cardenista era muy dura, porque se aprehendía a cualquier católico por la simple sospecha de que pudiera hacer, ya no digamos un movimiento armado, sino simplemente propaganda verbal o escrita en contra de la escuela socialista o en contra de cualquier otro aspecto del régimen.

La defensa de tipo secreto era obligada, porque todas las libertades públicas habían sido aplastadas por el cardenismo. Como reacción a esta represión progresaron Las Legiones en todo el país a los cuantos meses de haberlas yo extendido por todo Michoacán, porque cuando se fundaron en Morelia el resto de Michoacán era terreno virgen.

Yo fui invitado a la organización en Morelia. Me gustó, me dediqué a ella, y yo personalmente la extendí por todo Michoacán. Cuando ya Michoacán estaba "bien prendido", pedí que se me diera una misión más difícil y se me concedió venir a México. Aquí traté con el jefe nacional secreto y con los demás jefes secretos de todo el país. Faltaban muchos estados por organizarse y me dediqué a recorrerlos y a fundar la organización secreta en donde faltaba. No sólo eso, sino que pasé a los Estados Unidos y allá también la fundé, de mar a mar, en todo el sur: desde Brownsville hasta San Francisco, California, subiendo hasta San Antonio, si mal no recuerdo creo que llegué a Dallas.

En fin, fue un trabajo muy bonito, de muchos años, que permitió, cuando la jefatura secreta lo creyó maduro, que brotara el sinarquismo, y que se extendiera rápidamente. ¿Por qué? Porque ya se contaba con una organización previa, fuerte, sólida, disciplinada. Por cierto, cuando se fundó el sinarquismo empezaba la decadencia de esta organización secreta, porque había menguado un poco la rigidez de la persecución cardenista y la gente se

había cansado de no hacer nada, porque en la organización secreta lo único que se hacía era reclutar gente. Pero, ¿para qué, si cualquier cosa que se hiciera era peligrosísima? Así, la gente estaba decepcionada, cansada de nada más dar un centavo, que era lo que se tenía que dar como mínimo semanalmente, y de verse con su jefe inmediato superior y no recibir de él alguna orden, sino a lo sumo una propagandita escrita de tipo doctrinario.

Eso no era actividad para una organización secreta. Es fácil que una organización secreta degenera, si no es dirigida por jefes muy competentes y de conciencia muy recta.

Felizmente, la organización los tuvo siempre y nunca se pensó en alguna actividad que fuera inmoral. Además, una de las reglas de la organización era que los jefes superiores no tenían derecho a ordenar nada inmoral ni injusto: el inferior tenía el derecho de rechazar cualquier cosa injusta o inmoral, y nunca se vio una situación así.

Por decadencia, por inacción, era ya forzoso crear un organismo público que permitiera una actividad pública a los miembros de la organización secreta. Por eso fue fácil la fundación del sinarquismo en muchos lugares. Lo que fue difícil fue mantener esa vida pública sinarquista, porque inmediatamente empezaron las represalias brutales del gobierno cardenista, no era lícita ninguna reunión, contra lo que disponía la Constitución, contra lo que dispone la ley. Según la Constitución, los ciudadanos pueden reunirse para fines pacíficos, siempre que no estén armados, en cualquier lugar público. Y los presidentes municipales siempre exigían licencia, y naturalmente, si se les pedía, no la daban. Así, hacían nugatoria la garantía constitucional de la libertad de reunión, por lo cual los sinarquistas tenían que reunirse sin pedir ese permiso, que se les iba a negar si acaso lo pedían. Se reunían en corrales, en una plaza pequeña, o en la plaza principal del pueblo, y se les echaban encima los agraristas o los policías, y había balazos y muertos.

Cuando hubo los primeros muertos sinarquistas, yo sólo pertenecía a la organización secreta. Yo iba a asistir a la fundación pública del sinarquismo, a la primera reunión propiamente sinarquista en León, e incluso estaba designado para ser el jefe nacional del sinarquismo, designado por el jefe secreto.

JW: ¿Quién fue el jefe secreto?

SA: Don Rafael Malo Juvera, ya murió. Era muy conocido y estimado en Querétaro.

El jefe secreto me escogió, sin fijarse muy bien en que me daba una orden sin haber hecho los contactos previos con las gentes que iban a integrar aquella primera asamblea, a no ser los dos o tres jefes que ya tenían ese contacto. Con estos dos o tres jefes no me entendí momentos antes de que

empezara la primera reunión, porque mi programa era de definición absoluta de lucha en contra de la Revolución, y ellos me manifestaron su pensamiento de mano tendida a todo aquel que se sintiera mexicano y patriota, aun cuando se dijera revolucionario. Para mí eran dos ideas antitéticas, irreconciliables, ser patriotas y ser revolucionarios.

En ese preciso instante chocamos ideológicamente, cuando ya nos estaban esperando para la primera junta y sentí que yo no pisaba terreno firme; sentí que los otros oradores que estaban designados iban a decir allí cosas contrarias a mi pensamiento. Era el primer contacto que yo iba a tener con aquella gente, y los otros jefes que estaban a mis órdenes tenían un modo de pensar muy distinto, y ellos sí habían tenido contacto con aquella gente; así esos jefes llevaban la de ganar y corríamos el peligro de chocar públicamente, delante de la gente, y de hacer un mal papel y de frustrar aquella organización, por lo cual preferí hacerme a un lado. Les dije: "Muy bien: corran con la responsabilidad y nombren al jefe que ustedes quieran, que esto ya después tendrá remedio".

En efecto, después se puso el remedio. Pero por lo pronto no me dediqué a esa actividad pública del sinarquismo; seguí dedicado al fortalecimiento de la organización secreta por todo el país, hasta que, pasando por Michoacán, que era uno de los estados en que podía haberse fundado el sinarquismo con mayor rapidez, y viendo que nadie lo desarrollaba —no pasaba de un grupito en Morelia— me propuse extenderlo por todo Michoacán, valiéndome de la organización secreta. Y lo logré: en unos cuantos meses logré que hubieran mítines de importancia en muchos lugares.

Me gustó esa actividad, y con el permiso del jefe de la organización secreta de las Legiones, me consagré de lleno al sinarquismo, hasta que logré encauzar aquellas fuerzas que estaban bastante indisciplinadas en su actividad pública, porque ni los jefes tenían una idea de cómo debía hacerse. Eran más bien multitudes las que se reunían, con los sombreros puestos, fumando, comiendo cacahuates y naranjas —lo que fuera—, tirando las cáscaras en las calles. Sin desorden en cuanto a que les pudiera achacar que lo cometían, en cuanto a que no trastornaban propiamente la tranquilidad pública; pero tampoco daban ejemplo de disciplina y de organización.

Me propuse organizar aquello y lo logré muy fácilmente, porque la gente del pueblo de México, los campesinos y los obreros de las ciudades pequeñas, son una materia prima sumamente dócil; son como cera y se les puede moldear si uno se identifica con ellos en cuanto al modo de pensar y de sentir; gente nobilísima, allí está la cantera del México futuro. Conforme yo iba presidiendo mítines, concentraciones, asambleas, iba implantando una disciplina desconocida hasta entonces, sin ninguna dificultad.

Desde luego les dije: abajo los sombreros; delante de las banderas nadie se pone el sombrero. En segundo lugar, nada de comer durante los actos. En tercer lugar, nada de gritos sin ton ni son: silencio absoluto. Los desfiles en orden absoluto, no solamente en silencio y con los sombreros en la mano, sino formados en filas.

Los empecé a formar militarmente. Eso le encantó a la gente, y al mismo tiempo nos servía de defensa: no hubo una sola asamblea que yo presidiera en la que el enemigo se atreviera a atacarnos, porque hacíamos las asambleas por sorpresa. Nunca les avisaba en dónde se iban a hacer, sino que se daban las órdenes secretamente y cuando menos se acordaban los enemigos ya estaba la gente en el sitio previamente señalado. Se hacía el acto con la rapidez necesaria y en un orden absoluto. Si se presentaba la policía, tenía que enfrentarse con los jefes, y los jefes trataban el caso con la debida energía y haciéndose respetar.

En una ocasión, en Acámbaro, hice un mitin el 16 de septiembre, contra el parecer de las autoridades, que ni lo esperaban. El sinarquismo había sido invitado para desfilar con los niños de las escuelas, con ciclistas y no sé con qué otros contingentes de la ciudad de Acámbaro; a la cola, al final, los sinarquistas, como parientes pobres, y hasta como para humillarlos y decirles: "Ustedes no pueden hacer nada si nosotros no lo queremos".

Yo estaba aquí en México: llegué aquí la noche del 15 de septiembre y me di cuenta de qué iba a suceder al día siguiente en Acámbaro: una humillación para el sinarquismo, y en todo Acámbaro había mucha persecución contra la organización. No se les dejaba hacer una asamblea ni en un corral. Esa invitación era una burla: la obligación de que desfilaran en esa forma era una burla. Después los iban a meter al teatro, lleno de agraristas y de otras organizaciones oficiales, y allí no iba a haber más que puros discursos revolucionarios, y los sinarquistas oyendo y aplaudiendo.

Luego que supe de la situación, me opuse y pregunté en el Comité Nacional —yo era un simple sinarquista; pero era un sinarquista que en un momento dado tenía, por delegación, los mismos poderes del jefe nacional secreto— quiénes del Comité iban a Acámbaro. Me dijeron que iban Manuel Torres Bueno, José Trinidad Cervantes, Juan Ignacio Padilla, y no sé quién más. Y les dije: "Muy bien; vénganse conmigo y están a mis órdenes".

Viajamos en la noche tomando el tren y llegamos a Acámbaro en la madrugada y mandé a llamar al jefe.

El jefe de Acámbaro no iba a asistir al desfile, tenía compromiso en otra parte, pero le ordené que pusiera a la gente a mi disposición, que se hiciera lo que yo les ordenara. Así se hizo, se formó la columna de los sinarquistas a eso de las diez de la mañana, al final de todos los que iban a desfilar.

Yo tenía mi plan: cuando los elementos oficiales pasaron por la plaza principal de Acámbaro, hacia el teatro, hice que mi gente rodeara la plaza principal, me apoderé del kiosko, subí a mis oradores de aquí de México al kiosko, y empezamos a hablar.

Hice que Torres Bueno hablara en primer término. Estaba él a medio discurso, cuando subieron siete empistolados, pistola en mano, con una cuarenta y cinco en mano cada uno de ellos. Eran el presidente municipal y seis pistoleros: “¿Quién les ha dado permiso para este mitin?” Entonces me enfrenté con él: “La Constitución”. “¿Qué Constitución?” “Pues la de México”. “¿Qué artículo?” “El artículo fulano”.

Toda la gente estaba alrededor. Estábamos bien protegidos por todos los sinarquistas que rodeaban el kiosko, alerta todos, en silencio, expectantes. Los pistoleros, con una cuarenta y cinco en las manos, dijeron: “Se suspende esto inmediatamente”. “Pues no se suspende”, le dije, “eso es imposible, esto sigue adelante”. “Pues que no sigue”. “Pues que sigue”.

Entonces le dieron un pistoletazo a Torres Bueno y lo tiraron al suelo; sonaron muchos disparos y en menos de medio minuto me vi solo en el kiosko, con uno de los pistoleros que estaba tirado en el suelo. Los otros seis habían desaparecido como por arte de magia. Quedábamos únicamente uno de los pistoleros, tirado en el suelo, apuntándome con su cuarenta y cinco, y yo, parado.

Vi una cuarenta y cinco en mis pies, que había soltado uno de los pistoleros que habían huido. Me agaché rápidamente, la cogí, y con ella le pegué al pistolero que ya me iba a disparar, y tuve la fortuna de pegarle entre ceja y ceja. Cayó hacia atrás, todo el rostro bañado en sangre. ¡Me libré!

En eso subió a empujones un coronel que estaba allí, entre varios sinarquistas; era el jefe de la guarnición de la plaza. Llegó a donde yo estaba y empezó a hablarle a la gente, a los sinarquistas que eran de los que estábamos rodeados, queriendo echarnos la culpa de lo que acababa de pasar.

Yo todavía no sabía bien lo que acababa de pasar, pero el coronel nos empezó a enterar. Uno de mis compañeros, Juan Ignacio Padilla, salió con una mano herida, atravesada por un balazo. Uno de los pistoleros del presidente municipal salió con una herida en un brazo: lo llevaba colgante y parece que lo perdió. Y el pistolero a quien yo le pegué el pistoletazo en la cara nos echaba la culpa del “sanquintín”.

Acto seguido, le arrebaté la palabra al coronel y empecé a demostrarle que los culpables habían sido el presidente municipal y los pistoleros, que no habían respetado la Constitución y nuestro derecho de reunión. Total, el jefe militar acabó por darnos la razón, diciendo: “Pues hagan ustedes lo que quieran”.

Seguimos nuestro mitin, ya brevemente, arriba del kiosko; cantamos el himno nacional, hicimos el saludo sinarquista y nos despedimos. La gente se retiró a sus casas y yo me fui a la casa de asistencia donde nos hospedamos. Allí encontré a Juan Ignacio Padilla, con su mano vendada; entonces supe que ese balazo que le atravesó la mano iba dirigido a mi cabeza, y que me salvó la vida.

En la casa de asistencia también estaban Cervantes, Torres Bueno y dos o tres más de los que no me acuerdo. Eran como las cuatro de la tarde, comimos y tuvimos que esperar hasta las ocho de la noche que salía el primer tren para México. Nadie nos molestó y allí estuvimos jugando a los soldados con unos soldaditos de plomo y unas canicas, haciendo tiempo.

Llegó la hora del tren, fuimos a la estación, compramos los boletos, subimos al tren y, ya estando para arrancar el tren, unos cinco minutos antes, subió una escolta federal con una orden de aprehensión en mi contra, dictada por el juez de primera instancia en Acámbaro, acusado de lesiones al pistolero aquel, por la herida que había recibido en el brazo, que seguramente se la hizo uno de sus compañeros en la balacera, y acusado también de la herida que ciertamente yo le causé al pistolero que me iba a matar.

Esa noche dormí en la cárcel, en un cuarto inmundísimo, pero dormí perfectamente bien. Al día siguiente me pasaron a la sala grande, donde estaban los presos de delitos graves: asesinos y demás. Eran como veinte hombres, de lo peor en cuanto a clase social y falta de instrucción. Muchos asesinos entre ellos.

Me trataron con sumo respeto. En la noche me tiraba en un petate y uno de los presos ponía alrededor de mi cuerpo unos polvitos que él sacaba de una cajita, con los cuales me aseguraba que no se atrevería a pasar ni una chinche! Y en efecto, ni una chinche sentía yo en toda la noche. Las paredes de la galera donde dormíamos estaban marcadas con la sangre de las chinches muertas: despanzurradas con los dedos por los presos.

A unos cuantos metros, estaba "el tambo", un tambor grande que servía para que los presos hiciéramos nuestras necesidades en la noche, porque no nos dejaban salir, allí todo tenía que ser dentro de la galera. ¡Esa es la Revolución Mexicana!

En el día sí nos permitían salir a un patiecito a tomar el sol, y al fondo había unas letrinas inmundas llenas de moscas. Aquellos días estuve contento, no me podía nada, yo estaba hecho para aquello, preparado para sufrir.

A los diez días salí en libertad bajo caución y tuve que seguir yendo a Acámbaro, porque el proceso continuó; se me dictó formal prisión, como presunto responsable de las lesiones sufridas por aquellos dos individuos, y

tuve que seguir yendo al juzgado una vez al mes, mientras el proceso seguía, hasta que el juez dictó la sentencia absolutoria, porque demostré que yo no había herido al que perdió el brazo, y que sí había herido al otro, pero en legítima defensa.

Como ese hecho hubo otros, en que corríamos gravísimo riesgo, y eso era casi todos los domingos.

En Guanajuato, una noche la policía entró al local que ocupaba la Unión Nacional Sinarquista, a culatazos destruyó dos o tres escritorios, se llevó una máquina de escribir y se robaron la documentación que había.

Con ese motivo, los sinarquistas pensaron en hacer una asamblea y pedí permiso a la superioridad para dirigir el acto. No fue una asamblea sino una toma de la ciudad: organicé varias columnas; Guanajuato era difícil para eso, pero logré la sorpresa: logré meter por sorpresa a tres mil hombres a Guanajuato, en trenes, en camiones, y a pie. Cuando la policía se dio cuenta, ya estábamos frente al Palacio de Gobierno, con nuestros oradores hablando, desde el balcón que queda frente al Palacio de Gobierno.

Llegó la policía, subió el inspector de policía al balcón y le dijo al jefe nacional: "Esto se interrumpe en estos momentos". Intervine y le dije: "¡No señor!, esto no se interrumpe; hay siete oradores en el programa y nos faltan cinco. ¡Esto no se interrumpe! Después del mitin, usted puede hacer lo que quiera, si quiere me lleva a la cárcel, pero ahorita no se interrumpe esto, y sigue adelante. ¡Adelante señores!"

Como teníamos la calle completamente llena de hombres nuestros, entre ellos mineros con sus cascos puestos, muy imponentes, y la policía de Guanajuato de entonces seguramente no contaba con gases lacrimógenos ni cosa por el estilo, pues tuvo que apechugar con la situación y hacer su coraje, y siguió el mitin delante del gobernador; levantando un poco el visillo de una de sus ventanas, el gobernador nos estaba viendo y estaba oyendo todo lo que decían los oradores.

En esa forma se impuso el sinarquismo: por su orden, su audacia, su disciplina y su organización. Una vez disuelto el mitin, que se desarrolló a nuestro entero gusto, fui a la estación de ferrocarril, donde me aprehendieron. Esa vez me llevaron a la cárcel de los borrachos; había allí cuatro hombres tirados en el suelo, totalmente borrachos, un caño con un poquito de agua, "dizque" corriente, más bien fétida y pestilente. Aquello estaba lleno de moscas y me dediqué a ver cómo absorbían escupitajo por escupitajo y porquería por porquería. Esa fue mi distracción obligada, porque no veía más que eso, en el reducidísimo espacio en que podía estar sin ensuciarme el calzado y la ropa. Esa vez estuve en la cárcel desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche cuando hicieron el favor de darme "libre".

Conocí multitud de cárceles, y al mismo tiempo que estaba yo encerrado se le iba dando forma al sinarquismo, inculcándole más fuerza mística, mayor empuje, mayor confianza: absoluta confianza entre los soldados y sus jefes, hasta que aquello cobró una fuerza que aún no acaba de perder.

JW: ¿Quién fue el primer jefe del sinarquismo?

SA: En esa primera junta de León, Guanajuato, en la que yo iba a ser el primer jefe, designaron al licenciado José Trejo Olivares, un hombre de muy buen corazón, con talento, muy íntegro. Después la jefatura secreta del sinarquismo les enderezó el camino mandándoles, sin que ellos se dieran cuenta, unos obreros muy bien aleccionados, de aquí de México, los que se presentaron como si fueran comunistas en las asambleas de León a exponer sus programas marxistas, diciendo que como allí se aceptaba a todo aquel que quisiera declararse sinarquista, pues que ellos querían ser sinarquistas y querían que el sinarquismo realizara el programa comunista y el revolucionario.

Los jefes sinarquistas y los sinarquistas de buena fe de León cayeron inmediatamente en la cuenta de que el programa de brazos abiertos a todo el que se quisiera declarar sinarquista no estaba bien y tuvieron que enderezar su programa. En esa forma, el sinarquismo marchó perfectamente bien, a los poquitos meses de haber nacido medio torcido, por falta de una visión clara de que el campo tenía que dividirse en dos: revolucionarios y comunistas, por un lado y, por el otro, patriotas y sinarquistas.

El segundo primer jefe del sinarquismo fue el licenciado Manuel Zermeño. Trueba Olivares tuvo que renunciar por razones de familia, ya estaba casado y tenía hijos. Después de Zermeño, yo ocupé la jefatura.

MILITANCIA DEL SINARQUISMO EN TABASCO

9 de diciembre de 1964

JW: ¿En qué fecha se hizo usted cargo del sinarquismo?

SA: En agosto de 1940 y duré hasta diciembre de 1941. Pero el principal acto de mi vida y en el que aprendí más, ocurrió en Tabasco, en 1938. En julio de 1937 fui por primera vez a Tabasco, con el objeto de fundar allí la organización secreta de las Legiones. Para esto, yo había obtenido previamente en Yucatán un contacto. Sabía que en Villahermosa encontraría a don Víctor Ascencio García, persona de absoluta confianza y cuñado del presbítero José Pilar Hidalgo. En efecto, no me fue difícil localizar a don Víctor; lo juramenté primero, y logré afiliarlo a las Legiones, y le encomendé el reclutamiento de los primeros elementos.

Todo tenía que ser bajo juramento, para poder obrar sobre terreno firme. En Tabasco, esto era más necesario que en cualquier otra parte, porque la persecución de Garrido Canabal había convertido aquello en una sociedad que se creía totalmente descristianizada: había miles y miles de almas de veinte años para abajo sin bautizar; no sabían qué era la Santa Misa, no sabían qué era un sacerdote, porque ningún sacerdote podría atreverse a entrar a Villahermosa o a alguna otra población importante. Solamente el padre Aguado, michoacano, andaba a salto de mata en rancherías, cerca del límite con Chiapas, exponiéndose mucho y huyendo hasta de su sombra. En realidad, el padre Aguado no administraba sacramentos a mucha gente, sino a una que otra persona de su absoluta confianza en esas rancherías.

El padre José Pilar Hidalgo tenía unos cuantos meses de estar radicado en una ranchería de Chiapas, del otro lado del río Grijalva, frente a una ranchería de Tabasco que se llamaba San Pedrito, propiedad de don Víctor Ascencio García. Don Víctor me llevó a ese lugar de San Pedrito y allí conocí a su familia. Pasé al otro lado del río, y ya en territorio de Chiapas conocí al padre José Pilar Hidalgo. Por lo pronto, no logré más, sino esos dos contactos.

Me fui a otros lugares de la República, a otros estados, volví a fines de 1937 y me encontré con que don Víctor Ascencio García sólo había podido reclutar dos almas, dos personas: una hermana de él, Conchita, casada, y una señora cuyo nombre no recuerdo, que no era pariente de ellos.

Volví otra vez en marzo de 1938, y me encontré con la misma situación: sólo esas tres personas estaban juramentadas. Sin embargo, olvidaba decir que desde la primera vez que hablé con don Víctor Ascencio me comprometí con él a mandarle, de algún otro estado de la república, cuando menos a dos señoritas, para que enseñaran religión a los niños de su familia, y de las familias vecinas. En efecto, conseguí que las señoritas Villaseñor, de Morelia, de mi tierra, dos muchachas ya de cierta edad, de muy grande espíritu, muy sacrificadas, se fueran a Tabasco, desprendiéndose de su familia, y en San Pedrito se dedicaran a enseñar el catecismo.

Le sirvieron de ayuda muy grande al padre Pilar Hidalgo, que no se atrevía a pasar al lado de Tabasco. Ellas desarrollaron en Tabasco una labor misionera durante varios meses, lo que preparó el terreno para lo que después tenía que venir.

Ellas llegaron a Tabasco a fines de 1937. En marzo de 1938, cuando volví por tercera vez a Tabasco, me encontré con que muchas familias de la zona que ellas controlaban estaban muy agradecidas y muy contentas, por la labor de catequización que las Villaseñor habían desarrollado, no sólo de los niños sino de los mismos adultos.

En esta última ocasión, en Villahermosa, platicué con Víctor Ascencio García, con su hermana Conchita y con la otra señora juramentada, sobre la necesidad de extender la organización secreta. Ascencio García insistió muchísimo en que yo no podría lograrlo, por muchos esfuerzos que hiciera. Las otras dos personas me dijeron lo mismo. Me hicieron ver que no tenían confianza en ninguna de sus amistades, en ninguno de sus conocidos; ni siquiera en la ranchería, y muchísimo menos en las poblaciones centrales, como Villahermosa, Atasta y Tamulté. La persecución de Garrido había sembrado un terror, un pánico profundo en las poblaciones de Tabasco y en el campo: imposible pensar en empezar a platicar con una persona, para pedirle un juramento secreto sobre algo importante.

En esta situación, comprendiendo muy bien las razones de Víctor Ascencio García, le pregunté: "Bueno, ¿qué es lo que se puede hacer aquí? ¡Algo debemos hacer aquí!" Y me contestó: "Lo único que se puede hacer aquí, o lo que debemos tratar de hacer aquí, es que se reanude el culto católico".

"Pero, ¿cómo?", le pregunté. "Eso es imposible; si la ley que está en pie, la ley vigente que Garrido hizo promulgar, prohíbe el ejercicio del culto a sacerdotes que no sean casados. Naturalmente que ningún sacerdote católico puede casarse". Don Víctor respondió: "Pues no sé cómo, pero, mientras no demos ese paso, mientras no se reconquiste la libertad religiosa, no podemos pensar aquí en Tabasco en ninguna otra cosa".

Entonces le pregunté si habría una región de campesinos, bien poblada y de gente en quien se pudiera confiar, para un movimiento sobre Villahermosa, para llevar a esa gente a Villahermosa y pedir la libertad religiosa. Yo todavía no pensaba en un proyecto definido, sino apenas empezándome a nacer la idea de una lucha por la reconquista de la libertad.

Víctor Ascencio asintió y me dijo que había una región grande, por la que por cierto habíamos pasado a caballo alguna vez. Una región muy bien poblada, de gente de primera, de gran confianza, que conservaba sus costumbres católicas y su anhelo por el culto católico, por la reanudación del culto católico; esa gente había sido muy bien misionada, catequizada e instruida por el obispo Castellanos, que durante muchos años se había dedicado a dar ejercicios espirituales de San Ignacio, ranchería por ranchería, en esa zona y en otras de Tabasco; aquella gente era de lo mejor; no eran inferiores a los campesinos más católicos de las regiones centrales del país; él me podía asegurar eso; podía meter la mano al fuego por ellos.

Le pregunté si podría llevarme a conocer esa zona y todas las demás que fuera conveniente visitar, y que me presentara con cada uno de los jefes de familia que él conociera, para ir pensando en una cosa muy concreta de reconquista. La respuesta fue afirmativa.

Inmediatamente escribí a México y fijé fecha: el 12 de mayo. Escogí esta fecha, porque el 12 de mayo de 1921, siendo yo un niño y estando en el Seminario de Morelia de interno, a unas cuantas cuadras de distancia del lugar en donde yo estaba con mis compañeros, fueron asesinados varios católicos por los policías que trataron de desbaratar una manifestación en desagravio de una profanación que los bolcheviques habían cometido: habían apuñalado una imagen de la Virgen de Guadalupe en la catedral.

Aquella fecha se había grabado para siempre en mi corazón, y yo anhelé, por reconquistar la libertad religiosa para Tabasco, caer como uno de aquellos católicos que habían caído en Morelia, en la Calzada de Guadalupe, el 12 de mayo de 1921.

Escribí a México exponiendo mi proyecto en unas cuantas líneas, y el jefe de la organización secreta me contestó que no era posible proceder así; que era conveniente que fuera a México a exponerles mis planes, a recibir consejo, a planear mejor todo.

Mi contestación fue que no había tiempo qué perder; que las cosas de ese calibre se debían hacer sobre la marcha, de lo contrario, no se harían nunca; que si no se aprovechaba el siguiente mes, el mes de mayo, se vendrían luego las aguas, que en Tabasco son terribles, y se pospondría un año más el proyecto. Insistí en que se tuviera confianza en mí, que yo me sentía plenamente seguro del éxito.

Por fin obtuve la autorización del jefe secreto. Al mismo tiempo logré que él hablara con el obispo de Tabasco, que estaba radicado en la Villa de Guadalupe, para que autorizara a que el padre Pilar Hidalgo me acompañara en la aventura y a mis órdenes. En lo que el padre tenía que estar a mis órdenes era que él no iba a decir misa en el lugar que a él le gustara, sino en el momento y en el lugar en que yo se lo pidiera: lo mismo pudiera ser en el Palacio de Gobierno que en una iglesia de las pocas que Garrido había dejado en pie.

Por cierto que en Villahermosa ninguna iglesia estaba en pie. Habían destruido la catedral y la habían convertido en un frontón; habían destruido el templo de Santa Cruz, y no quedaba sino el terreno; habían arrancado hasta los cimientos del templo de la Concepción dejando en pie sólo las tres paredes del presbiterio.

Desde ese momento me dediqué, con Víctor Ascencio García, a recorrer una gran zona campesina, choza por choza. Reunía él a los jefes de familia de las rancherías, me los presentaba, y a puerta cerrada les exponía mi plan de juntar varios miles de hombres, entrar a Villahermosa y exigir —arrebatar más bien— la libertad religiosa. No les contaba de la existencia de la organización secreta, ni les tomaba juramento alguno; tan sólo les recomendaba

una prudencia, un sigilo absoluto, haciéndoles ver que si el gobierno se enteraba de nuestro propósito podría frustrarlo.

Los campesinos tabasqueños son criollos puros, excepto una región llamada La Chontalpa, que es de indígenas, pero que también son muy listos, muy inteligentes. Fuera de La Chontalpa los campesinos son todos de ascendencia pura española. Casi no hay mezcla en ese lugar; son, o descendientes de andaluces, o descendientes de asturianos, y se distinguen por la rapidez de sus concepciones, por la facilidad con que todo lo entienden, y por su espíritu varonil.

Así, me fue fácil comprometer a muchos centenares de jefes de familia. No les hablé de la fecha escogida por mí, sino que les nombré jefes y les hice saber que, por medio de los jefes, yo les comunicaría cuándo deberían moverse sobre Villahermosa; que sería de un momento para otro, y que deberían estar listos, de manera que por muy rápida que fuera la orden no los cogiera por sorpresa y se pudieran movilizar en el momento preciso.

De esa manera conservé el sigilo necesario para que no trascendiera nada, y cuando ordené el movimiento de toda la gente se logró la movilización con una precisión admirable.

En mayo, el día ocho o el nueve, me llegó un auxilio muy importante: había yo pedido a unas señoritas que había conocido en Córdoba, Veracruz, que fueran a auxiliarme. Eran cinco señoritas muy avezadas en labores de acción católica. A ellas les había tocado ver, presenciar y, después de los primeros momentos, dirigir el movimiento del pueblo de Orizaba y de Córdoba para la apertura de sus templos, porque habían estado cerrados durante muchísimos años. De una manera espontánea, en virtud del asesinato de una muchacha católica, el pueblo se levantó en masa, abrió sus templos y se sacó a los sacerdotes de sus casas y los llevaron a los altares, y cambió el panorama de la noche a la mañana. En toda aquella actividad estas señoritas se distinguieron notablemente.

Llegaron muy oportunamente a auxiliarme, me llevaron una bandera nacional preciosa, con una virgen de Guadalupe en medio; me llevaron también un manifiesto que habían impreso en Córdoba, de acuerdo con un texto que yo les había enviado con la debida oportunidad. Las señoritas de Morelia, que habían estado trabajando en San Pedrito, ya estaban también concentradas en Villahermosa —cerca de Villahermosa, en Tamulté— listas también para ayudarme en todo lo que fuera necesario.

Recibí una carta de México, avisándome que el jefe nacional secreto llegaría a Villahermosa el día 10 de mayo, para hablar conmigo, a lo sumo una o dos horas. Así fue: llegó en un barquito de Veracruz y yo lo esperaba en el malecón; platicamos durante una hora y después él se fue a un hotel y

al día siguiente se volvió a México. Le expuse mi plan y me dio un consejo muy acertado, que seguí al pie de la letra, y al que creo que se debió el éxito. Me dijo: "Ud. piensa, por lo que me ha dicho, que la gente debe concentrarse aquí desde la noche del once para moverla usted sobre el Palacio de Gobierno el doce en la mañana. Es muy probable que empiecen a aprehenderle gente desde el día once. Si es así, yo le aconsejaría que a las primeras aprehensiones se mueva usted inmediatamente: mueva a toda la gente de que disponga; no espere al día siguiente".

En efecto, como a las cuatro de la tarde del día once empecé a recibir los informes de cómo entraban los distintos grupos pequeños de cuatro o cinco personas, de diez a lo sumo, por distintos rumbos hacia Villahermosa, Tamulté y Atasta. Como a las cinco de la tarde, supe que habían sido aprehendidos unos campesinos en Tamulté y que estaban molestando a otros en Villahermosa. Inmediatamente me dirigí, con un guía, hermano de Víctor Ascencio García, hacia el principal de los pasos de los ríos que rodean a Villahermosa. En ese paso me encontré un gran piquete de policías impidiendo la entrada de los campesinos que venían del otro lado del río para entrar hacia Villahermosa.

Yo salí con mi guía y no me molestaron. Yo parecía un tabasqueño, un campesino cualquiera, atravesé el río en una panga y los caballos lo atravesaron a nado, y ya del otro lado nos encontramos con fuertes grupos de campesinos que estaban deliberando y esperando órdenes para poder entrar a Villahermosa. Ellos no sabían por dónde, puesto que aquel paso por donde querían entrar, ya estaba cubierto por la policía. Mi guía les enseñó otros lugares en los que ellos podían lograr su objetivo, y nosotros dimos un gran rodeo y llegamos a Tamulté como a las diez de la noche.

Después de haberle indicado a aquellas gentes qué era lo que debían hacer, en Tamulté me encontré con un grupo de diez gentes esperándome, y con un gran tambor de La Chontalpa que yo había pedido, un tambor indígena sin baqueta con qué tocarlo; rompimos un palo de una escoba y con uno de los pedazos empecé a tocar el tambor que me tercié al frente, y con la bandera de Guadalupe por delante y el grupito aquel salí rumbo a Villahermosa, recorriendo la calle larga que hay en Tamulté con rumbo a Atasta.

A todas las gentes que salían a las puertas de sus casas al oír el toque del tambor, les gritaba yo, explicando en brevísimas palabras de qué se trataba; que íbamos a Villahermosa a reconquistar la libertad religiosa, para que volviera a haber sacerdotes y misas y bautizos. Corría yo de acera a acera y les explicaba a las gentes, y gritaba y tocaba el tambor, y seguíamos adelante. En esa forma, cuando llegamos a Atasta ya llevaba yo detrás de mí unas

doscientas gentes, ciertamente ya eran más del pequeño grupito con que había yo salido de Tamulté.

Tuve que pasar en Atasta frente al cuartel de soldados federales, que nos estaban esperando en dos filas a uno y otro lado de la carretera. Pasamos en medio de ellos, sin que se nos molestara en lo más mínimo. Desde luego, la bandera nacional que llevábamos por delante era impresionante. Seguimos caminando, gritando yo a las gentes, llamándolas, convencíéndolas, y cuando llegamos a la orilla, a la entrada de Villahermosa, ya llevaba yo unas 500 gentes detrás. Al mismo tiempo, venían del centro de Villahermosa, hacia donde yo estaba, otras 500 o 600 gentes, el padre Hidalgo a la cabeza.

De las señoritas de Córdoba, unas iban conmigo y otras venían con las gentes que salían del centro de Villahermosa. A la orilla de Villahermosa formamos ya un solo grupo de más de mil almas y pegamos un grito de entusiasmo: ¡“Viva Cristo Rey”!, “¡Viva la Virgen de Guadalupe!” y adelante.

Nos dirigimos al Palacio de Gobierno; ya eran cerca de las doce de la noche. En el Palacio de Gobierno no había un guardia y se nos dijo que el gobernador no estaba allí, que lo fuéramos a buscar a su casa. Fuimos a su casa y allí nos informaron que tampoco se encontraba.

Ya no volvimos al Palacio; fuimos al telégrafo —se me ocurrió que convenía ir al telégrafo— y puse unos mensajes al presidente de la República y a los principales periódicos en México, explicando el objeto de aquella invasión de campesinos a Villahermosa, y asegurándole al presidente Cárdenas que no nos retiraríamos sin haber recuperado nuestra libertad religiosa total.

Volvimos del telégrafo a la casa del gobernador, por si acaso ya había vuelto; nos dijeron que no estaba allí. Entonces se me ocurrió decirle a la gente que, puesto que el gobernador desertaba su puesto, que ya no necesitábamos de él; que además no le íbamos a pedir nada, íbamos a comunicarle que el pueblo estaba decidido a tomar lo suyo; que la libertad no se pedía, que la libertad se arrebató, y nada más; que, por lo tanto, ya no nos quedaba otra cosa que ir a apoderarnos del lugar que había ocupado el templo de la Concepción, lugar que era nuestro, que no era del gobierno, que era del pueblo católico. Nos fuimos hacia allá y tomamos posesión del lugar, rezamos allí un rosario y se cantaron himnos, y a descansar un rato.

Eran las tres de la madrugada cuando llegó un coche con oficiales del ejército buscándome. Me localizaron inmediatamente y me pidieron que fuera con ellos a la casa del gobernador, y a ver al jefe de las operaciones militares. Les dije que ya había ido a buscarlos y que no los había encontrado, pero me aseguraron que ellos me llevarían. La gente me pidió que no los acompañara, pero yo dije que eran militares mexicanos; que podíamos confiar en la palabra de honor de ellos; que si ellos se comprometían a

devolverme ileso a aquel lugar, que ciertamente lo cumplirían. Los militares se comprometieron a ello y tranquilamente me subí al coche en medio de los oficiales.

Fuimos primero a ver al jefe de operaciones militares. No tenía objeto la visita, pero así fue. Yo no me opuse y el jefe de operaciones militares me recibió con bastante cortesía. Me preguntó por qué no había ido a hablar primero con el gobernador, y le dije que habíamos ido dos veces, pero que no lo habíamos encontrado.

El jefe de operaciones militares ya no tuvo nada más que decirme ni qué preguntarme. Sí se informó de qué se trataba: le dije lisa y llanamente de qué, y nos fuimos a la casa del gobernador. No nos acompañó el jefe de operaciones militares. Llegamos a la casa del gobernador provisional, porque el gobernador propietario, Fernández Madero, no estaba en Villahermosa, se encontraba en Estados Unidos, a donde iba frecuentemente por asuntos particulares. El gobernador provisional me recibió en la sala de su casa, rodeado de algunos altos empleados de gobierno y algunos diputados. Trató de convencerme, delante de los militares con los que había yo llegado, para que volviera al lugar en que estaba mi gente e hiciera que se fueran todos a sus casas, dejando una comisión para presentarnos al día siguiente en el Palacio de Gobierno y tratar el asunto por la vía legal, o sea, presentar una solicitud por escrito pidiendo la abrogación de la ley garridista que exigía que los sacerdotes católicos se casaran para poder officiar.

Le dije al gobernador que a nosotros no nos importaba la existencia de esa ley; que si a él le preocupaba, pues que él la abrogara; que nosotros no teníamos que esperar a esa abrogación; que nosotros teníamos un derecho de orden natural, superior a toda ley positiva, y que no íbamos a seguir esperando más tiempo, puesto que si así lo hacíamos, si seguíamos su consejo, se seguirían burlando de nuestros derechos, de los derechos de orden natural del pueblo; que el gobierno es para el pueblo y no el pueblo para el gobierno.

El gobernador era abogado y, por lo tanto, podía entender fácilmente todas aquellas razones. Pero se aferró en que era indebido lo que yo estaba haciendo y que el único camino legal era el de la famosa comisión.

A mi vez, yo me aferré en que yo tenía la fuerza de momento y la opinión pública de mi parte, y que no iba a ceder, ni la gente estaba dispuesta a ceder.

Después de una discusión de una hora y media el gobernador se dio por vencido y me dejó salir con los oficiales, que me llevaron al Templo de la Concepción.

ACLARACIONES SOBRE EL SINARQUISMO Y OTRAS INFLUENCIAS

25 de enero de 1965

JW: El señor Helmut Oscar Scheiter, un profesor alemán de la Universidad de Guanajuato, ¿qué tuvo que ver con la fundación del movimiento sinarquista?

Unas personas han dicho que este señor estuvo relacionado con ese movimiento y que tenía relaciones nazifascistas. Usted nos dijo una vez que el movimiento sinarquista no tuvo relación con el movimiento de hispanidad de Franco; que quisieron tener esas relaciones, pero que no había representantes de Franco aquí para llevar a cabo las conversaciones. ¿Quisiera aclararnos esto?

SA: Estoy absolutamente seguro de que ese famoso profesor alemán, del que han hablado algunos enemigos del sinarquismo, no tuvo relación alguna con la fundación de este movimiento.

Yo no lo conocí. Después, lo oí mentar por enemigos de la Organización, únicamente por ellos. Nosotros nunca pensamos en ser una filial, ni una copia, del movimiento nazi de Hitler, ni del fascismo de Mussolini. Sabíamos muy bien que tenían errores doctrinarios básicos, por lo cual no podíamos tratar de copiarlos.

En cuanto a Franco, eso es otra cosa. Siempre he considerado que la salvación de México está en reafirmar su espíritu católico y su tradición católica. Y como ésta la recibimos de España, nuestras ligas con España deben estrecharse con el espíritu hispanista. Como Franco fue quien restauró la hispanidad en España, pues era natural que nosotros lo sintiéramos como un representante de la hispanidad, y que quisiéramos tener un contacto de tipo ideológico con la España de Franco, sin llegar a depender de él ni de sus planes en absoluto. Ni Franco podía haber tenido planes con respecto a México, ni nosotros podíamos haber tenido relaciones de dependencia con él, ni de tipo político, sino exclusivamente con la España de Franco, relaciones de tipo ideológico, místico.

JW: ¿Y Franco y la hispanidad? El movimiento sinarquista quería tener relaciones con el objeto de reunir al mundo hispánico, porque, según Alfonso Junco, "El mundo hispánico tiene la lengua, la religión: debe unirse en..."

SA: Sí, y no bajo el mando de Franco, sino bajo la tradición hispánica que existe en nuestro tesoro cultural, religioso y literario de varios siglos. No teníamos que pensar en nadie en lo particular sino en la hispanidad en general.

JW: Ya hemos hablado de la Organización, pero tal vez usted pueda hacer un resumen, porque no hemos hablado de los fines de la Organización.

Ustedes querían formar un ejército, pero, ¿con qué fines? Se hablaba de un ejército de campesinos.

SA: Nosotros, conociendo ya la historia de México, sabíamos muy bien que no puede haber en México ningún movimiento armado que pueda triunfar sin el respaldo total de los Estados Unidos. Y sabíamos también que el gobierno de los Estados Unidos será siempre partidario del régimen revolucionario anticatólico. Por lo tanto, esperábamos un movimiento de opinión nacional: llegar a formar una corriente fuerte de opinión antirrevolucionaria en cuanto a lo malo que tiene la Revolución Mexicana, que es la falta de respeto a la voluntad nacional, su anticatolicismo, su espíritu de rapiña.

Pensábamos nosotros primero en una fuerza organizada de campesinos, luego en la de los obreros y después lograríamos conquistar la clase media y la clase intelectual, que es la que se mueve al último —esa clase intelectual que critica nada más desde sus bufetes y que no actúa— pero que es muy importante.

Así pensábamos ir conquistando los diversos estratos de la sociedad, mediante nuestra lucha cívica, mística, pacífica y nacionalista. Nacionalista sin ser antiyanqui, pues una cosa ha sido la nación de los Estados Unidos y otra muy distinta su gobierno y, sobre todo, su gobierno con relación a México.

JW: Pero ustedes pensaban en un ejército.

SA: Un ejército pacífico, un ejército en el sentido místico de la palabra. Pensábamos en tener de tal manera la simpatía nacional, que por la fuerza misma de las cosas llegaría a transformarse el régimen que había en México mediante unas elecciones. No sabíamos cómo, era cuestión de mucho tiempo.

Claro que como jóvenes que éramos teníamos cierta impaciencia: queríamos ir con cierta prisa, pero al mismo tiempo sabíamos que no podíamos pensar en la violencia. En México, la violencia estaba condenada al fracaso. El último intento de triunfar, de cambiar el régimen de gobierno de México mediante la violencia había sido el de los cristeros, y había fracasado. Nosotros no íbamos a seguir un camino que ya estaba cerrado.

JW: Los cristeros cometieron actos de violencia contra los maestros socialistas y lucharon pensando en que habían existido entre ellos muchos mártires. ¿Cómo pensaron ustedes expresar su voluntad?

SA: Jamás ejecutamos actos de violencia, salvo una que otra ocasión en legítima defensa personal, ni siquiera de grupo. Si se me atacaba en lo personal, yo tenía derecho a defender mi vida, y sin llamar a ningún grupo de sinarquistas, ni a las organizaciones. Eran actos de violencia del enemigo contra determinados sinarquistas, los únicos en que éstos podían rechazar la violencia con la violencia. Pero de ninguna manera actos planeados de antemano, en los que los sinarquistas fueran a provocar o a ejercer por sí mismos de una manera directa la violencia.

JW: Usted nos contó que la única cosa que había hecho fue asustar a una maestra socialista, en Morelia.

SA: No recuerdo eso. En Morelia hubo muchos disgustos contra las maestras que trataban de implantar el socialismo; hubo alguna reunión de católicos en la que se manifestó el deseo de que el gobierno atendiera el disgusto de los católicos, y luego se pusieron algunos letreros en la ciudad, que decían: "Abajo la Escuela Socialista, queremos libertad", y no pasó de ahí.

JW: Lombardo Toledano acaba de publicar un libro sobre la constitución de los cristeros. ¿Cree usted que esa constitución es una verdadera constitución? Y ustedes, ¿cómo iban a arreglar el Estado si hubieran podido cambiar las cosas?

SA: Esa constitución de que habla Lombardo Toledano seguramente fue un proyecto personalísimo de algún individuo, pero nada más. Esa constitución ni siquiera fue conocida por los jefes de la Liga; ni la Liga tenía alguna relación con el sinarquismo, ni con la organización de base de la cual brotó el sinarquismo. No conozco yo esa constitución. Pero la supongo buena, al menos en sus lineamientos generales.

En cuanto a planes del gobierno del sinarquismo, no los conozco, porque estaba muy lejano el día en que pudiéramos llegar a convertirnos en gobierno. Cada día tenía su propia carga; había que estar resolviendo los problemas del día y del día siguiente a lo sumo, y se oía muy lejana la probabilidad de llegar a conquistar el poder. No se pensaba realmente en una conquista del poder en el sentido restringido de la palabra "conquista".

JW: Y los panistas, ¿qué relación tenían ellos con los sinarquistas?, ¿querían fundar un partido político?

SA: ¿Qué relación tenían los sinarquistas con el PAN? La relación de coincidencia en cuanto a muchos de los fines, nada más. Por otra parte, siempre fueron dos organizaciones distintas. Yo nunca creí en el PAN y nunca me entendí con él.

JW: ¿Hubo cooperación entre las dos?

SA: Mis sucesores siempre han medio cooperado con el PAN y siempre han medio disentido.

JW: Y el PAN, ¿no lo invitó a unirse con ellos, para ganar más fuerza?

SA: Sí, hubo un momento en que trataron de absorbernos, pero yo no lo permití. Pudo haber habido algún conato de entendimiento, de conjuración de fuerzas, pero nada más. Ningún organismo podía pensar en absorber al otro, sino tan sólo en un entendimiento. Siempre ha habido eso.

JW: Usted nos ha hablado de sus actividades en Michoacán y en Tabasco. ¿En cuál de esos estados tuvo más fuerza el movimiento sinarquista?

SA: En Michoacán fue donde se logró que tuviéramos más gente, más resuelta y más organizada. Michoacán es un estado más importante que Tabasco: está mejor situado, en el centro del país, y es de los que siempre han intervenido más decisivamente en la vida política de la nación. Tabasco está un poquito al margen, por su situación geográfica; además, tiene menos gente y el movimiento que hice en Tabasco fue exclusivamente religioso y desvinculado del sinarquismo. En cambio, mi acción en Michoacán fue estrictamente sinarquista, en el campo cívico y político, i principal y fundamentalmente cívico!

JW: ¿Y en los otros estados, como Guanajuato y Querétaro?

SA: Toda la actividad que desarrollé en el resto del país fue sinarquista.

JW: Ustedes tuvieron más fuerzas en el oeste, en Guanajuato.

SA: El sinarquismo fue más fuerte en el centro del país, en los estados de Guanajuato, Querétaro, Michoacán y Jalisco.

JW: ¿Y Guerrero?

SA: No, San Luis Potosí y Aguascalientes, nada más.

JW: ¿Cuántos miembros llegaron a tener?

SA: Nunca se hizo una estadística, un recuento exacto, pero en mi época se calculaba que era un medio millón de almas, entre hombres y mujeres.

JW: Hay personas que han calculado hasta novecientas mil personas.

SA: No lo creo. Hay un dato importante. Cuando yo dejé la jefatura del sinarquismo, el periódico tenía un tiro semanal de noventa y tantos mil ejemplares, que eran leídos por campesinos en su mayoría, y cada periódico era leído por un campesino en un grupo de ocho o diez, que no sabían leer. Así, en realidad el periódico llegaba al corazón de más de medio millón de gentes.

JW: ¿Por qué el movimiento sinarquista tuvo tanto arraigo entre los campesinos? En el gobierno de Cárdenas parecía que los campesinos estaban contentos al recibir sus tierras. ¿O es que no querían tierras? ¿Y qué podían ustedes ofrecer, allá donde había tanto esfuerzo de parte del gobierno del presidente Cárdenas?

SA: El agrarismo de Cárdenas en realidad era gobiernista, sólo para fortalecer al régimen, al gobierno, para tener a su disposición un atajo de esclavos. Cárdenas jamás pensó, ni lo ha pensado la Revolución, en dar la propiedad de la tierra a los ejidatarios, sino en tenerlos siempre sujetos al comisariado ejidal, y al cacique, y al Banco Ejidal o al Banco Agrícola, que son del gobierno. El régimen ejidal es un medio de control político de las masas campesinas, pero no un medio de superación, en el terreno material y social. Después de muchos desengaños, los campesinos vieron con claridad que el gobierno sólo trataba de explotarlos, y precisamente por eso el sinarquismo cundió entre ellos como llama en pajar.

JW: Si ustedes dicen que contaban con el apoyo de los campesinos, éstos podían dar al movimiento mucho dinero. ¿De dónde salieron los fondos para seguir el trabajo, para publicar el periódico?, porque eso cuesta dinero.

SA: No, nada costaba dinero. Los campesinos eran muy pobres, pero los campesinos hacían sus propios gastos y los jefes vivíamos en la miseria, y yo y todos mis colaboradores siempre viajábamos en trenes y camiones de segunda; jamás conocí un “pullman”. Si podíamos viajar a pie, a pie andábamos; en los peores camiones, en los peores hoteles, con las peores comidas, gastando una miseria! Y los campesinos pagaban su periódico semanalmente, que era muy barato, para sacar únicamente el costo. Ellos mismos pagaban sus pasajes cuando había concentraciones, cuando había movimientos de un lugar a otro. La Organización jamás tuvo que pagarles nada.

JW: ¿Qué apoyo tenían de parte del clero y de la jerarquía mexicana? ¿Recibían ustedes dinero, apoyo?

SA: ¡Absolutamente nada! La jerarquía mexicana no tenía, ni tiene dinero, no podía darnos ningún apoyo económico, ni nunca lo pedimos. La jerarquía mexicana bastantes problemas tenía entonces, como volver a fundar los seminarios que habían sido destruidos por la Revolución y una multitud de obras que ni siquiera habían empezado.

JW: ¿Cuáles fueron las relaciones de ustedes con el primado de México, Luis María Martínez?

SA: Yo nunca lo vi; nunca le pedíamos permiso. Nosotros no teníamos que pedir permiso por una cosa que no tenía relación con el dogma ni con la organización eclesiástica de la Iglesia.

JW: Don Miguel Palomar y Vizcarra nos ha contado mucho de las dificultades que existían entre la Liga de Defensa Religiosa y el clero, cuando Pascual Díaz fue nombrado arzobispo de México. Los de la Liga habían lanzado una rebelión, un levantamiento, y este movimiento fue desaprobado por el clero, por el Papa.

SA: Nuestra situación era otra. Nosotros no luchábamos con las armas en la mano, sino exclusivamente en el terreno cívico y dentro de la ley, jamás nos salimos de la ley, de la Constitución. Siempre estábamos exigiendo el respeto a las garantías constitucionales; no teníamos por qué ver a los obispos, ni ellos tenían nada en contra de nosotros.

JW: ¿No hubo alguna presión?

SA: ¡Absolutamente!, ni a favor ni en contra.

JW: ¿Cree que el clero favorecía el movimiento de ustedes?

SA: No lo sé. Algunos seguramente lo veían con simpatía; tenía que ser así como mexicanos que eran; la simpatía que pudieron habernos tenido no era como eclesiásticos sino como mexicanos.

JW: Algunas personas nos han dicho que durante la guerra unos cristeros lucharon bajo la bandera de la Virgen de Guadalupe y otros bajo la bandera de la Virgen de los Remedios, y que los agraristas preferían luchar bajo la bandera de la Virgen de Guadalupe. En México, desde hace muchos años, desde la Guerra de Independencia, la Virgen de Guadalupe ha tenido un significado y la Virgen de los Remedios ha tenido otro ¿Puede darnos su opinión al respecto, y cómo resultó esa historia?

SA: Hay una confusión. Desde que México es independiente no ha habido más que una bandera para los católicos mexicanos y esa ha sido la Virgen de Guadalupe, sin que tengamos nada en contra de la Virgen en cualquiera de sus otras advocaciones.

Durante la Guerra de Independencia, de 1810 a 1820, sí hubo el desatino de enfrentar a la Virgen de Guadalupe contra la Virgen de los Remedios. La Virgen de los Remedios era la virgen de los gachupines, y la Virgen de Guadalupe era la de los mexicanos. Eso fue un desatino, pero fue algo momentáneo y no dejó huella. Se hizo la independencia y todos somos guadalupanos, y nadie está contra otra cosa, tratándose de la Virgen María.

JW: ¿Necesitaron ustedes tomar alguna bandera en particular?

SA: No. En el sinarquismo no se necesitaba tomar la bandera de la Virgen de Guadalupe; ya se sabía que como mexicanos éramos católicos, y como católicos éramos guadalupanos. Pero no teníamos que presentarnos enarbolando la bandera con la Virgen de Guadalupe, porque felizmente la Revolución Mexicana nunca se ha atrevido a declararse antiguadalupana; es anticatólica, pero ha respetado siempre, por instinto quizá, por cálculo más bien, el amor del pueblo de México a la Virgen de Guadalupe.

JW: ¿Cuál fue la posición de la Iglesia en esa época, de 1936 a 1943? ¿Contaba con muchas fuerzas? ¿Qué podía hacer el clero?

Tenía una posición muy difícil frente a la educación socialista, con un arzobispo, Pascual Díaz, que quería la paz y no deseaba luchar. ¿Cree usted que había cambiado la situación, que no podían luchar, o querían luchar? ¿Con qué fuerzas contaban? Muchas personas han dicho que la Iglesia estaba derrotada y que no podía resistir ya al Estado.

SA: Sí, ciertamente hay mucho de esto. La Revolución había triunfado de una manera absoluta. En el terreno diplomático tenía totalmente de su parte al gobierno de Estados Unidos. No podía ser de otra manera. No había sido un triunfo de la diplomacia mexicana; había sido un triunfo de la política norteamericana, que fue la que, desde antes que Díaz cayera, había exigido todo lo que después la Revolución ha implantado.

Entre otros puntos, la política yanqui siempre ha exigido el debilitamiento de la iglesia católica en México. Los obispos mexicanos se dieron cuenta

de esta situación, y no podían luchar contra el coloso del norte, porque nuestro triste gobierno, en ese terreno, no ha sido más que un mandadero de Washington. Los arreglos religiosos de 1929 se hicieron por una exigencia de la Casa Blanca. La Casa Blanca llamó a los obispos americanos y les dijo: "Al gobierno de los Estados Unidos no le conviene que siga adelante la Guerra de los Cristeros en México; eso debe terminar. Ustedes saben cómo arreglar este asunto; de lo contrario, se expone la iglesia católica americana a perder la amistad del gobierno de Estados Unidos".

De esa forma, los obispos americanos se vieron obligados a presionar a los obispos mexicanos, y los obispos mexicanos cayeron en la trampa.

JW: Al comenzar el decenio de 1940, parece que Omega hizo una campaña en contra de los padres norteamericanos, en contra del clero norteamericano que quería venir acá, para ayudar a los católicos mexicanos a organizarse, porque creyó que los católicos norteamericanos traían costumbres yanquis, lo que no sería verdaderamente nacional. ¿Qué pensaban ustedes acerca del clero católico norteamericano que vino aquí, y que ha seguido viniendo?

SA: Como católicos que somos, aceptamos con agrado lo mismo a un sacerdote mexicano que a un español, un chino, o un hindú. Siendo sacerdotes, no nos importa gran cosa la raza. Nosotros recibimos de la hispanidad, de España precisamente, el amor a todas las razas. A nosotros no nos preocupa eso. Yo, y cualquier mexicano, lo mismo podemos confesarnos con un sacerdote negro que con un rubio. Si uno huele bien o el otro huele mal, no nos preocupa en lo más mínimo.

Sí nos preocupa que un individuo o un grupo pudiera ser un instrumento de orden político. Pero, por muchos sacerdotes americanos católicos que hubieran venido, no hubieran llegado a ser un instrumento político del gobierno de Washington, porque ante todo tenían que ser sacerdotes y conducirse como sacerdotes. Nunca les hemos tenido recelo en ese terreno.

La única desventaja que tienen los sacerdotes norteamericanos en México es su falta de dominio del idioma. Por ejemplo, acabo de venir del sureste y en una iglesita oí una noche un rosario, guiado por una muchachita de unos dieciocho años, natural del lugar, con un castellano precioso, con una pronunciación riquísima, perfecta; un castellano que el mismo Cervantes se hubiera quedado encantado por la música de aquel idioma.

Al día siguiente oigo rezar el rosario al padre americano encargado de la iglesia. ¡Aquello era un desastre! En lugar de El Ave María decía una serie de disparates. Me llamó la atención que la gente se mantuviera seria, como si no se diera cuenta. El problema de que el americano predique, es que no tiene la misma fuerza que lo que predique quien hable bien el castellano.

El problema no está en que sea el sacerdote de tal o cual raza, sino en que hable bien el castellano. Si domina el castellano, conquista el corazón de la gente. Si no domina el castellano, la gente se confiesa con él, le oye la misa, recibe los sacramentos, pero nada más. La acción de ese sacerdote se limita demasiado.

Esa es la limitación propia de todo clero que no es indígena; de ahí la necesidad de que la ayuda de la iglesia norteamericana en México no consista en mandarnos sacerdotes norteamericanos sino en darnos el suficiente apoyo moral, económico, científico, didáctico, y en todos los órdenes, para la formación de un abundante clero mexicano.

JW: ¿Es diferente la cultura que estos norteamericanos traen a México?

SA: Desde luego es una cultura diferente, por ser diferente el idioma. El mexicano sí llega a dominar bien el inglés y el norteamericano no llega a dominar el español. No sé por qué, pero nunca llega a dominar bien el castellano. Luego, sus oraciones en latín, tampoco es latín, es una mezcla de inglés con latín. ¡Esa es la verdad! Y es que el hispano es más ecuménico, tiene más facultades de tipo universal que el sajón.

JW: En esos años, ¿contaron ustedes con el apoyo y el respaldo de José Vasconcelos? ¿Fue él miembro, o nada más simpatizador del sinarquismo?

SA: Fue simpatizador. José Vasconcelos fue siempre un genio extraordinario, que no podía ser un simple soldado de una organización. O era el jefe, o estaba fuera de la organización.

ABASCAL EN LA JEFATURA NACIONAL DEL SINARQUISMO
Y LA FUNDACIÓN DE LA COLONIA MARÍA AUXILIADORA
EN EL DESIERTO DE BAJA CALIFORNIA

JW: ¿Cuánto tiempo estuvo usted al frente del movimiento sinarquista?

SA: Yo subí a la jefatura nacional el 6 de agosto de 1940, y la entregué en diciembre de 1941.

JW: ¿Por qué la entregó?

SA: Hubo problemas muy graves, muy largos de explicar. Me llevaría muchas horas explicar el problema.

JW: ¿Y en resumen?

SA: En resumen fue que se planteó un conflicto grave entre el grupo que aún subsistía de las antiguas Legiones y el mando sinarquista. Ese conflicto se planteó desde antes que yo recibiera la jefatura nacional del sinarquismo y se agudizó al tomar yo el mando nacional. A ese grupo le hice ver que aun cuando el sinarquismo había nacido de las Legiones, ya las había superado.

Las Legiones habían quedado reducidas a unas cuantas personas, ya no era propiamente una organización y no podían pretender seguir teniendo la dirección del sinarquismo.

El sinarquismo lo abarcaba todo, era una organización desbordante. Y con tal multiplicidad, con tal variedad de actividades, su dirección no podía ser encomendada a gentes que no estuvieran en el seno mismo, en el centro mismo de la actividad sinarquista, porque ellos se ocultaban del público y querían seguir teniendo una dirección secreta, que ya iba contra la naturaleza misma de las cosas.

El conflicto se fue agudizando a medida que fui avanzando en la organización, conforme transcurría el tiempo, hasta que vino la crisis, y en ese momento hubo una junta, a la que concurrimos los principales jefes sinarquistas. Y aquel grupito de señores y todos mis colaboradores sinarquistas me dejaron solo, porque de antemano los trabajaron, diciéndoles que conmigo corrían constantemente graves peligros. ¡Y así era!

Todos los domingos teníamos que salir a jugarnos la vida, a exponer el pellejo en manifestaciones, en juntas, en asambleas públicas, en las que siempre podía haber balazos. De hecho, con cierta frecuencia los había, o cuando menos encarcelamientos. Era una vida muy agitada, llena de zozobras y sin paga: nada más comíamos y vivíamos; no había burocracia. Y se ganaron a mis colaboradores diciéndoles: "Con Abascal, ustedes van a la muerte y, si acaso esto dura, se van a una revolución. Sin Abascal vamos a desarrollar un movimiento cada vez más importante, pero sin tantas zozobras, sin tanto peligro, entendiéndonos con todas las gentes, sin necesidad de estar de pleito con todo el mundo, con el gobierno y con los Estados Unidos. Al contrario, tenemos que entendernos con los Estados Unidos, y a nuestro propio gobierno tenemos que transformarlo; tenemos que penetrarlo hasta que lo transformemos". Un plan utópico completamente, pero encantador para quienes no quisieran exponer el pellejo. "Además, tú, ¿qué necesidades tienes? Abascal no te da nada; nosotros te daremos un sueldo y ya no habrá peligros". Total: me dejaron solo.

En esos momentos yo ya tenía el proyecto de una colonia en el desierto de Baja California, y para que no se hiciera público mi rompimiento (más que mi rompimiento el abandono en que yo quedaba), mi renuncia a la jefatura del sinarquismo, les dije: "Bueno; está bien. Entrego esto y me voy a Baja California. Yo pensaba que fuera otra persona, pero iré personalmente".

Naturalmente que me tendieron alfombras en aquel camino de Baja California. Y para que me fuera lo más pronto posible, me prometieron las perlas de la Virgen; que tendría toda la ayuda de ellos, miles y miles de pesos, y ayuda técnica.

Me fui a Baja California y fundé la colonia. Apenas llegado allá, empezaron a obrar conforme a sus verdaderos planes y a mandarme lo estrictamente necesario para que no nos muriéramos de hambre las trescientas y pico de gentes que se fueron conmigo, y a calumniarme.

Al poco tiempo empezaron a decir que el desierto me había trastornado la cabeza, por el ayuno y las desveladas.

Durante los primeros meses, en la noche, por ejemplo, me acostaba vestido, porque no tenía un jacal propio. Había un jacal donde estaban los víveres y allí me tiraba a descansar durante la noche. Claro, tenía que salir a altas horas de la noche, y entonces inventaron que salía yo a contemplar las estrellas y que el desierto me había trastornado.

Siguieron las calumnias, luego me di cuenta de cómo estaban cada día más de acuerdo con el régimen de Ávila Camacho. En el periódico *El Sinarquista* estaban publicando alabanzas cada vez más descaradas a Ávila Camacho, y cierta mano tendida a la Revolución, "dizque" rectificaciones o más bien retractaciones de verdades históricas.

Hubo un momento en que le puse una carta dura al jefe, que yo había dejado, a Manuel Torres Bueno, diciéndole: "Está usted traicionando a un movimiento de hombres que ha tenido mártires. Usted no es digno de estar dirigiendo un movimiento de varones. La contestación fue una intriga tremenda y hacerme salir de la colonia. Prometieron salvar la colonia si yo la dejaba. Tuve que salir de la colonia, porque no me quedaba otro remedio, aunque tenía yo todo el apoyo de los colonos, excepto tres jefes de familia, agentes de la Base.

JW: ¿En qué fecha?

SA: En abril del año de 1943. Mientras tanto, me había casado en la misma colonia. Había dejado a mi novia aquí, en México, cuando me fui a Baja California. A los tres meses de estar allá me di cuenta de que no podía vivir solo, porque iban a brotar las calumnias por todos lados en contra mía, y me atreví a pedir la mano de mi novia, a llevármela allá, a aquel desierto, con mil incomodidades. Ella aceptó: sus padres la llevaron a La Paz. No tenían tiempo ni modo de llevármela hasta la colonia, y de la colonia me fui a esperarla a La Paz.

En La Paz nos casamos a las pocas horas de haber llegado ella y me la llevé a la colonia y allí nació mi primer hijo, como cualquier hijo de vecino, como los hijos de los demás campesinos. Así nació mi primer hijo, en una choza y con las mismas faltas de atención que tienen los hijos de los campesinos. Y por poco nace allí mi segundo hijo. En eso vino mi salida de la colonia. Me tuve que venir a México con lo puesto, no saqué de allá más riqueza que las calumnias de que venía yo colmado.

JW: ¿Cuáles fueron los fines de su proyecto, en la colonización en Baja California? Algunas personas han dicho que fue para demostrar que ustedes podían ejecutar un programa agrícola: desarrollar un programa agrícola fuera del alcance del gobierno, y donde se pudiera demostrar que sí era posible establecer una situación agrícola. Otras personas han dicho que se trataba de un complot para formar bases nazi-fascistas, allá en la frontera, cerca de los Estados Unidos. Y parece que ustedes tuvieron problemas en esa época con la embajada de los Estados Unidos aquí.

SA: El lugar en donde fundé la colonia está lejísimos de la frontera con los Estados Unidos, y era una idiotez pensar en que les fuéramos a crear un problema a los Estados Unidos, con una miserable colonia de trescientas y pico de gentes en pleno desierto, sin medios de ninguna especie. Fue una de las muchas fantasías que difundieron aquí los comunistas, y que ni siquiera nuestro gobierno llegó a creer. Si el gobierno de los Estados Unidos dijo que podía existir aquel peligro, fue porque le importaba que se le diera un golpe serio al sinarquismo, que dejara de ser la fuerza mística que era, y no porque se creyera que el sinarquismo pudiera constituir bases militares, o de cualquier orden, para una invasión nazi-fascista o nipona. Era otro el problema que le preocupaba al gobierno yanqui y a la embajada de los Estados Unidos: veían que cada día teníamos más arrastre y que el pueblo nos seguía. Vino la orden a la embajada yanqui y la embajada presionó al gobierno mexicano para que el movimiento dejara de ser el peligro que era en el terreno nacional cívico, místico e ideológico.

JW: Una fuerza en contra del panamericanismo. ¿Por qué escogieron el desierto de Baja California, y cuál era su significado?

SA: Lo escogí yo, como un proyecto mío. Escogí el desierto de Baja California porque era un desierto cultivable. Y lo demostré.

En mi colonia fracasé en lo económico porque no tuve los medios necesarios para desarrollarla. Demostré que con medios se lograría el éxito y esto se puede ver alrededor de María Auxiliadora, donde, cuando yo fui, no había nada, y actualmente hay más de quince mil almas viviendo allí. Claro que están muy dispersas, en una enorme zona que era totalmente desértica.

Esas fundaciones agrícolas que ha hecho el gobierno, con fondos de gobierno, porque es el único que dispone de dinero en México para ese tipo de actividades, están inspiradas en María Auxiliadora, y guiado el gobierno por el éxito de la pequeñez aquella que fue María Auxiliadora, porque demostré que allí se podía cultivar ajonjolí, maíz, uva, olivo, algodón, trigo.

JW: ¿Cómo escogió usted a los hombres que iban a acompañarlo?

SA: Giré una circular a los jefes del centro del país, de donde quería llevar la gente para Baja California, porque consideré que del centro del país podía

sacar las gentes más enteras, desde el punto de vista moral y físico, y que fueran buenos agricultores. Así fue, con algunas excepciones y con algunos errores, como se hizo la selección por los jefes de Acámbaro, Querétaro, Morelia y otros lugares, de acuerdo con esas instrucciones mías.

Al llegar la gente conmigo, a Baja California, fue cuando se hizo una segunda selección. Con el tiempo fue saliendo gente que no convenía y fue llegando gente mejor seleccionada.

Cuando salí de Baja California, dejé menos gente de la que llegó conmigo, doscientas cuarenta almas, pero bien arraigadas, muy bien escogidas. Si a esas gentes se les hubiera atendido bien desde el punto de vista económico, se hubiera desarrollado una colonia sinarquista preciosa, y alrededor de ella, todo lo que después fundó el gobierno. María Auxiliadora no sería ahora lo que es: un centro raquíico espiritual, social y económicamente. Pudo haber llegado a ser un núcleo importante.

JW: Cuando llegaron allá, ¿había comunicaciones?

SA: El gobierno prometió darme carros de ferrocarril, de los distintos puntos de salida de los colonos hasta Mazatlán. Le pedí al gobierno, un buque de Mazatlán a La Paz y que las autoridades de La Paz me dieran camiones para llevar a la gente de La Paz al lugar de la fundación, que estaba como a doce horas de camino, o un poco menos.

Ya con la gente citada para salir un día específico, y entre determinados lugares, el gobierno retiró su oferta de los carros de ferrocarril y del barco de Mazatlán a Baja California, pensando que como yo ya había dejado la jefatura (ya la había entregado a Manuel Torres Bueno), ya no era el peligro que antes significaba y así quedaba en ridículo. Ante esta situación, giré telegramas a todos los jefes diciéndoles: "Sale cada quien con sus propios recursos y nos vemos en Guadalajara. En Guadalajara nos concentramos". En Guadalajara me encontré con todos, y allí pedí limosna en juntas sinarquistas, públicamente. Expliqué en qué situación estábamos, pedí dinero a la gente sinarquista de Guadalajara y con ese dinero llegamos a Mazatlán, y allí fleté un barco por mi cuenta para llegar a La Paz. En La Paz contábamos con suficiente gasolina, como para decirle al gobierno de Múgica: "Yo traigo la gasolina, tú nada más dame los camiones". Múgica nos prestó los camiones y así llegué al lugar de la fundación.

JW: ¿Múgica le ayudó?

SA: Múgica fue el único que me ayudó. Después Múgica me contó que le había enviado a Ávila Camacho, como muestra de lo que era capaz de producir la tierra de Baja California, una mata de trigo de María Auxiliadora: una enorme cantidad de espigas que brotaba de un solo tallo de trigo. Se lo

envió envuelto en celofán, como muestra de lo que podían llegar a ser María Auxiliadora y sus alrededores.

JW: Ustedes probaron que no era necesario repartir las tierras, que se podía colonizarlas.

SA: Claro, había tierras baldías en extensiones enormes, era una de las cosas que queríamos demostrar. Otra cosa que yo deseaba era un núcleo espiritual fuerte que sirviera de modelo en lo espiritual y en lo social. Y finalmente, colonizar Baja California, que tenía muy poca gente, sobre todo Baja California Sur, que tenía solamente unos cuantos miles de almas.

JW: La empresa fue un intento de reintegrar a Baja California con la nación.

SA: Sí, unir bien a Baja California con la nación, y darle al sinarquismo de todo el país esa actividad, esa ilusión, ese motivo de orgullo y de acción.

JW: Antes usted se había quejado de que los Legionarios no tenían nada que hacer. Con la colonización ya tuvieron algo que hacer.

SA: En ese momento era el sinarquismo, pues las Legiones ya habían desaparecido, quedaban unos cuantos miembros en pocos lugares; el único que en realidad existía era el sinarquismo, ya eran ideas sinarquistas.

JW: ¿Necesitaba el sinarquismo dar algo?

SA: El sinarquismo necesitaba darle a la colonia apoyo moral y económico. Y era de lo que carecía; fue lo que no me quisieron dar. Se dedicaron a calumniarme, a difamarme, a molestarme, y a decir que yo rechazaba la ayuda técnica. Total: ¡me hundieron!

JW: Eso fue un proyecto concreto y constructivo.

SA: Sí, fue un proyecto mío, y los jefes sinarquistas que dejé aquí se propusieron sabotear mi obra, para que el nombre de Abascal desapareciera de la faz de la tierra.

JW: Ustedes habían protestado con mítines, pero eso es negativo. El primer acto constructivo de ustedes fue la colonia de Baja California.

SA: También las grandes manifestaciones eran una cosa positiva.

JW: Eso es una forma de criticar, pero para hacer una demostración se necesitaba de una obra.

SA: Sí, ciertamente se hacía, porque se educaba a la gente en el respeto, en su compostura en cuanto a ideas, en cuanto a muchas cosas. La fundación de María Auxiliadora era una obra grande que podía haberle dado un gran prestigio al sinarquismo entre las gentes que aún no eran sinarquistas. Pudo haber sido el medio de conquistar a México entero, presentarle a México entero una obra bien realizada en el desierto.

JW: ¿Había en la embajada un espía? ¿No hubo problemas en la embajada de los Estados Unidos?